

SILVERIO DOMINGUEZ.

EL AUDITOR MICROBIANO

Indiscreciones Bacteriológicas

DEL

DOCTOR CARAMINGTON



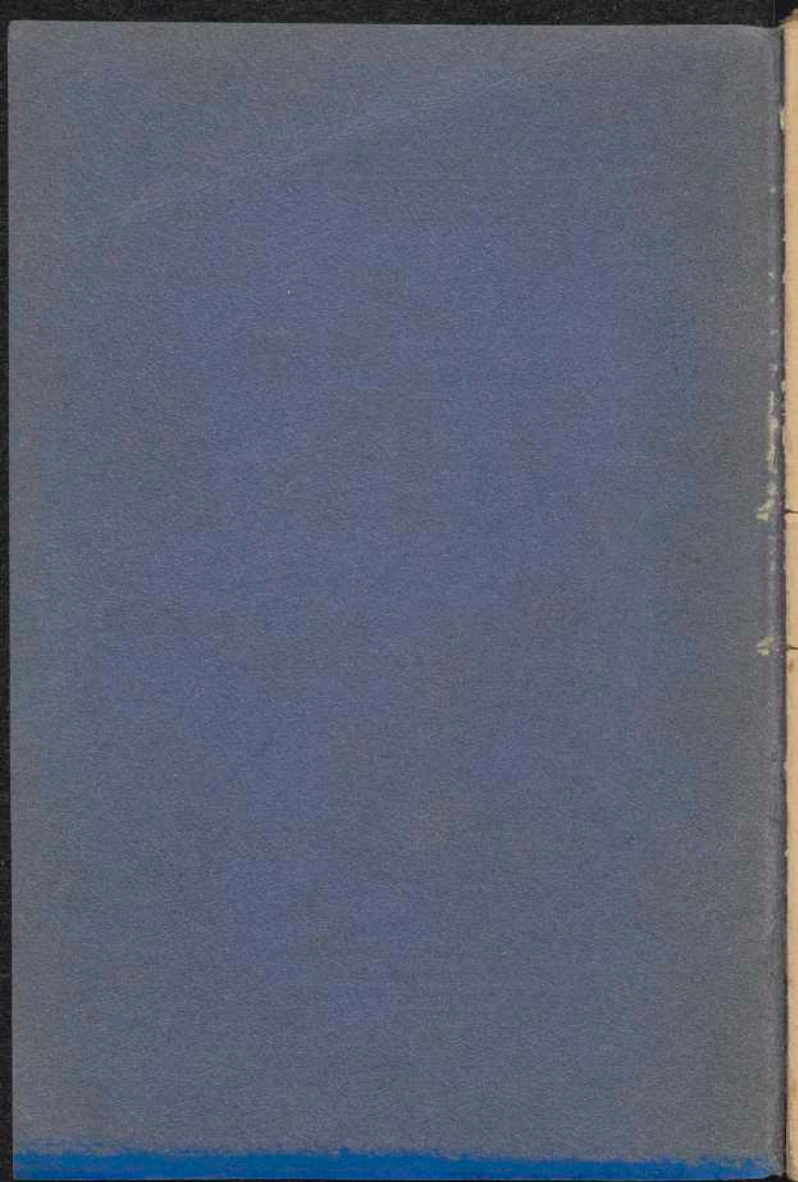
VALLADOLID.

Imp. y Libreria de Andres Martin Sanchez,
Sucesor de los secc. Luis de Rodriguez.
Edificio de la Gobernacion, y del Juzgado.

1900.

SP

61



AP/1295

EL AUDITOR MICROBIANO

ó

Indiscreciones Bacteriológicas.

Reg. n.º 1062

THE LANCET. 1871. VOL. I.

PRINTED BY J. H. COOKE, 15, ABchurch Lane, E.C. 4.

SILVERIO DOMINGUEZ.

EL AUDITOR MICROBIANO

6

Indiscreciones Bacteriológicas

DEL

DOCTOR CAMAMINGTON



VALLADOLID.

Imp. y Librería de Andrés Martín Sánchez,
Sucesor de los Sres. Hijos de Rodríguez.

LIBRERO DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1900.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

R.1062

OTORON GATUEN



AUSTIN & SONS, CHA

Á MIS HIJOS

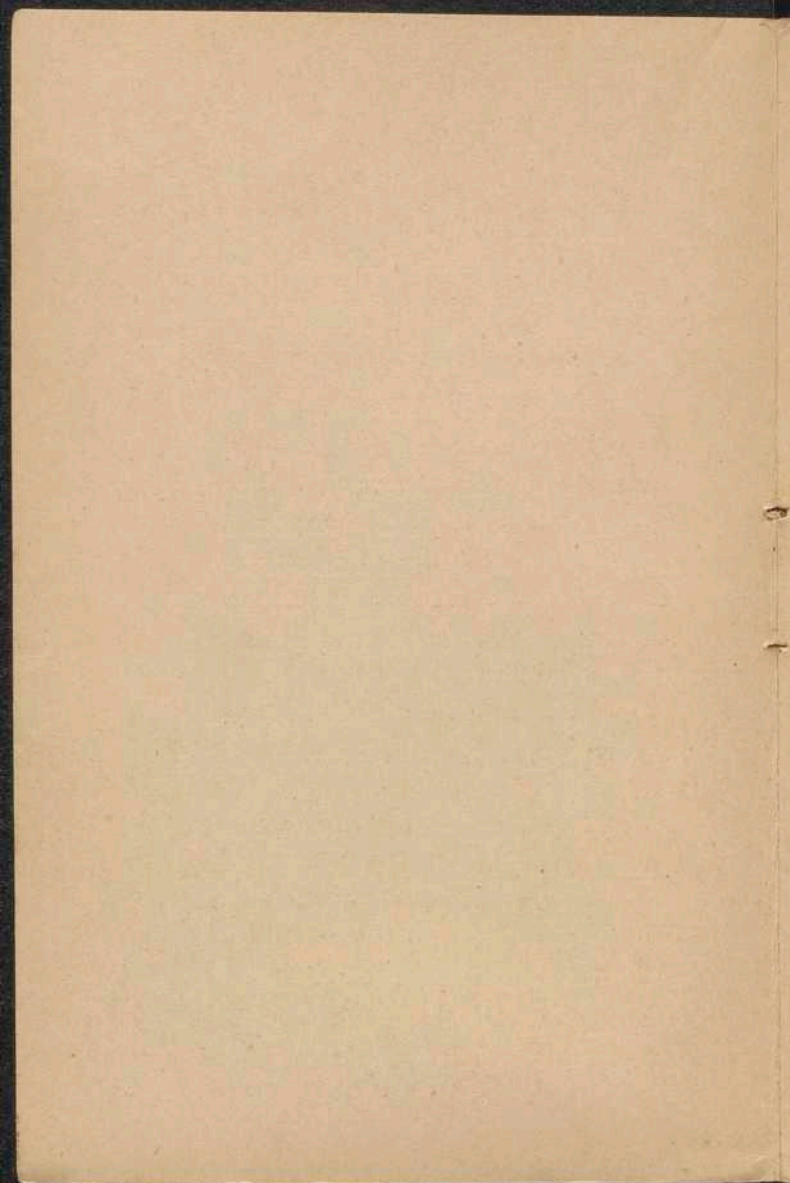


Me pedis una obra y una dedicatoria; valgan por obra estos cuantos renglones, torcidos y arrugados como rama seca, único producto que puedo ofreceros ya.

Si esto es pobre y chico, en cambio es grande el amor de vuestro padre.

EL AUTOR

Valladolid Enero de 1900.



ADVERTENCIA, PRÓLOGO Ó LO QUE SEA.



NTE todo conviene dejar
sentado que no se trata de
un bromazo más ó menos ade-
rezado al gusto del público.

Nada de esto: no pretendo
seguir el antiguo sendero por
donde discurrió años atrás mi
ramplona fantasía, el asunto de
este trabajo, aunque á primera
vista parezca cosa así... de
guasa, ó andaluzada más ó me-
nos verosimil, no es más que
una verdad de tomo y lomo, y
permítaseme esta frase, que me-

jor que otra alguna estereotipa mi pensamiento.

Pretendo ser creído bajo la fé de mi honrada palabra, y creo tener derecho á ello después de haber presentado al público mis anteriores obras.

Del público he dicho y esto sí que es un verdadero bromazo: Ni esta entidad que casi todos llaman respetable, ni el que esto escribe tienen obligación de guardar entre sí las más elementales reglas de cortesía.

Al público le importará un bledo, que un individuo muy conocido en su casa, se le ocurra emborronar papel con más ó menos provecho; y al que esto escribe sólo le tiene con cui-

dado la opinión de los doctos en la materia.

Como no busco gloria ni dinero ni siquiera persigo la obtención de un empleo, puedo prescindir en absoluto de esa entidad.

Si algún vago, mal entretenido ó desocupado como yo, tuviese la ocurrencia de leerme, buen provecho le haga, y con su pan se lo coma, pues es dueño y señor de sus acciones; y los que pasen por alto esta obra, ó lo que sea, y ni siquiera se dignen tomarla en cuenta, hacen bien y hasta les alabo el gusto, que no es poco alabar cuando de intereses propios se trata.

Yo escribo como pudiera bos-

tezar: procuro sacudir el tedio, y lo consigo de esta manera.

Los que escriben para el público, claro se está que tienen necesidad de dar á conocer algo que sea útil, ó de interés general, en cualquiera de los ramos de la actividad humana: pero los que como yo nada que sea nuevo ni útil podemos decir ni contar, solo por distraer el ocio, solo por matar al aburrimiento, se nos puede permitir el *meter la cuchara* en esto de escritos publicables.

Y contando de antemano con este permiso, y usando del que me expide mi soberana voluntad, como Pedro por su casa entro y salgo por donde mejor

me place, y santas Pascuas, buen año.

—Que esto no es escribir, dirán algunos—Bueno.

—Que esto es sencillamente disparatar, dirán otros—Corriente.

—Que esto es perder miserablemente el tiempo, exclamarán todos—¿Y qué?

Nada pretendo, nada busco, con que en paz.

Cuando los años después de blanquear la cabellera, hayan desvencijado al cuerpo y el espíritu: Cuando el tiempo haya dejado sólo los girones de las ilusiones que arraigaron en su alma; cuando de los embates de la vida solo hayan quedado los

desperdicios y piltrafas de sus aspiraciones y afectos; entonces los que tal dicen y piensen, variarán seguramente de opinión; y cuando busquen refugio en el puerto de sus inofensivas aficiones, de seguro que no les importará una higa, todo cuanto digan ó puedan pensar de sus escritos.



I

Sumario.

TERTULIA Y TERTULIANES—LA CALLE DE
SANTIAGO Á TRAVÉS DE UNA VIDRIERA
—EN PLENA DISCUSIÓN—TELEGRAMA
IMPRUDENTE.



EL Almacén presentaba en aquel día verdadera animación: el dueño manifestaba satisfacción y contento al verse rodeado de sus amigos: este comerciante, ó más bien este caballero en nada se parecía á los hijos de Mercurio, se echaba de ver en él, al que ha estado

acostumbrado á respirar otra atmósfera distinta á la del mostrador.

Buen cerebro, buen criterio, apasionamiento y violencia en sus afecciones y juicios, y por último como rasgo principal, persona que no puede revolvase á gusto en el estrecho círculo en que está encerrado; pues precisa mucho ambiente para mostrarse tal cual es; grande en todo.

Formaban la tertulia un núcleo de personas estimabilísimas, escogidas entre lo más apreciable de la ciudad.

Era uno de los más asíduos, el más fino y á la vez el más flamenco de la tierra, algo en-

trado en años, pero jóven todavía de espíritu.

Otro que era infaltable tronara que lloviera, se le vé siempre con el puro en la boca: es el más popular y simpático de Valladolid, bromista oportuno, recibe á su vez *morrocotudos* bromazos con la mayor holgura del mundo.

Allí también estaba el jóven más bueno de toda la redondez de la tierra, encantado de haber nacido, y que sin gastar lentes parece que los usara con vidrios de color de rosa.

No era de los más asíduos el que también se encontraba en ese día; cara de niño risueño y satisfecho, y con un corazón

tan templado como su acero, es capaz de abarcar todo pues le sobra ingenio y talento.

Cerca del brasero, ó huyendo de las corrientes de aire, el de aspecto taciturno, que aunque joven todavía parece un viejo en su modo de pensar y obrar; dotado de buenos conocimientos posee verdadera sagacidad; y el don de la oportunidad.

También estaba presente el caballero de la Edad Media, militar él, y con sus golpes felices y ocurrentes frases que revelan su talento.

Y por último el que se asemeja á un manojo de nervios que poco necesitan para agitarse: callado casi siempre, es-

tá interiorizado en los secretos de bastidores, y su timidez natural no le deja mostrar el talento que ha heredado.

Todos ellos ahitos de aburrimiento y cansados del eterno rodar por la Acera, del eterno vagar por el Campo Grande y el paseo del Príncipe, del monótono discurrir del Círculo, tomaban como refugio el estrecho local del almacén, donde nunca faltaba el tiroteo de chistes y ocurrencias, bromas y *frases* en medio de la más franca liberalidad.

Los grandes maestros presenciaban, desde los marcos en que estaban encerrados, las discusiones diarias, sin que mos-

trasen la menor curiosidad por los asuntos varios que allí se debatían.

A través de las vidrieras, se veía el discurrir de la capital de Provincia: militares y más militares de variados uniformes; jefes y oficiales de distintas armas; cadetes y estudiantes, clérigos y jubilados, retirados y ordenanzas, niñeras y dependientes, la nube de nodrizas con sus perifollos y cintajós, y los grupos indispensables de señoritas y mamás, de viudas y solteronas, sin que dejaran de abundar como la mala hierba, la clase de los *satélites*, que en confusa mezcolanza todos iban y venían, se cruzaban y atro-

pellaban por esa tan asendereada calle de Santiago, cuyas estrechas aceras é impedimentas, son insuficientes para dar acceso á masa tan hetereogénea.

Los ómnibus y camiones armaban un ruido infernal al cruzar por el desigual pavimento, sacudiendo vidrieras y escaparates: El tranvía se deslizaba monótono y prudente, vació casi siempre.

Por un lado se escuchaban los organillos que aturdían los oídos con el indispensable coro de repatriados, ó sus típicas mazurcas con acompañamiento de campanillas para solaz de las chicas del barrio, que con una formalidad digna de mejor

suerte, y con una afición decidida formaban corro al bailar acompasadamente, trazando ridículas figuras, como bailarinas destinadas al teatro; mientras por otro lado, el popular y es-



trafalario gitano, el impertérito *Chiuti* con sus gorgoritos de *cante jordo*, su Doña Fidela y su comendador, su Doña Inés, y su estruendoso *Bin-Bón*, alborotaba el cotarro, cantando con el beneplácito del respetable cuerpo de fregatrices.

—Pues á mí... me *parese* imposible eso... decía uno de los concurrentes, revolviéndose en su asiento.

—No tan imposible, contestaba el que llevaba en aquel momento la voz cantante, y dispuesto al parecer á convencer á todo el mundo.—El continuo trato, el constante estudio ha permitido á los sabios, descifrar el susurro de un coleóptero, el

zumbido de la abeja, el grito inarticulado de algún animal, y eso se esplica, continuaba con calor—Lo que para nosotros los profanos pasa desapercibido, para el hombre observador y sagaz es la cosa más corriente y llega en sus investigaciones hasta lo inverosímil.

—Mire usted!..., interrumpía el recalcitrante.

Too... eso... es.... lo que dijo Pucheta.

—No seas cúrsil!... exclamó el del puro.

—Pero hombre;.. replicaba el otro que no podía darse por satisfecho con la razón del histórico torero—¿No se ha llegado á comprender algo acerca del

lenguaje de las hormigas? No se ha visto últimamente la organización de las abejas? ¿Por qué no se ha de descubrir los medios que para su vida y comunicación han de tener los microbios?... Por que son pequeños? eso nada significa; son seres que actúan en la naturaleza de una manera importantísima, los efectos que determinan son grandísimos, colosales, y claro se está que si carecen de aparato vocal cual nosotros lo comprendemos, pueden tener, y tendrán indudablemente organos supletorios, que equivalgan á nuestras cuerdas vocales. Esto es lo presumible, esto es lo que yo creo, seguía diciendo el esponente, y

sino que nos diga su opinión el amigo Camamington.

Yo estaba callado como un muerto, escuchando con atención la controversia, sin tomar participación en ella, y al ser invitado á emitir mi opinión la espuse con toda sinceridad, manifestando cuanto sabía acerca de este asunto, y mencionando los últimos estudios del Doctor *Filfasteink*.

—¡Pero eso será un bromazo del Aleman, y nada más que pura guasa, ó alguna cosa publicada en día de Inocentes, y que ustedes están tomando en serio, replicaba impertérrito, el que ni á tres tirones quería dar su brazo á torcer.

—¡Ah!... no señor!.. interrúpi^myo inmediatamente al ver que se tomaban en broma los trascendentales estudios del Doctor Filfasteink—No se trata en manera alguna de lo que usted supone, no señor; estos individuos no juegan jamás con la ciencia, les inspira un religioso respeto, y por nada del mundo osarán profanarla: estos son trabajos serios, trascendentales, y de los que actualmente está pendiente la ciencia universal: créalo usted, se prepara una sorprendente revolución que sellará el siglo veinte, siglo de sorpresas y trasmutaciones, de las que ahora no podemos darnos cuenta cabal.

—Espere usted un poco!..., que

aquí llega el que nos sacará de dudas, y sin dejarlo tomar asiento, le espuso la cuestión, invitándole á emitir su voto.

El recién llegado, era hombre que seguía paso á paso el movimiento científico; vivo en sus modales, nervioso en sus movimientos, ojos que chisporrotean, y provisto de una interminable colección de cuentos y frases que contunden con su oportunidad y moraleja.

Se sentó con toda calma, y echando una investigadora mirada en derredor, se espresó de esta manera.

—Efectivamente que los estudios del doctor Filfasteink han dado mucho juego y llegado á

sorprender á todo el mundo; espuso con claridad sus investigaciones, publicó un eruditísimo trabajo donde daba á conocer su delicado instrumento, en extremo complicado y curioso, con el cual pretendía oír á los microbios. Se creyó que era una humorada del sabio aleman, la cual estaba en contradicción con su habitual seriedad científica: el hombre de suyo tenaz y convencido, insistió con más energía y empeño que nunca, y dando á conocer muchas de las propiedades desconocidas de algunas especies bacterianas, consiguió de algunas corporaciones médicas, la investigación de sus trabajos.

Las comisiones, seguía diciéndolo con el aplomo de quien domina la materia, quedaron desencantadas, pues ninguno de sus miembros consiguió oír cosa alguna con el instrumento, aun cuando el sabio alemán juraba y perjuraba que se oía con toda claridad.

En una palabra, que cansados de investigar en vano, terminaron por donde debían haber principiado, notando que, al parecer, el doctor Filfasteink tenía perturbada su razón, y había dado en la manía de percibir el lenguaje de los microbios.

Yo estaba sin despegar los labios, y cuando estallaron en tropel las risas y apreciamos el efec-

que el relato había producido, sin poderme contener me levanté del asiento, con ánimo decidido de restablecer la verdad, pero luchaba infructuosamente por que no me escuchaban, todo era en vano; se tomó en broma, y mis razones caían en el vacío sin producir efecto alguno, hasta que una feliz casualidad, es decir, mejor infeliz casualidad, vino á restablecer el orden de aquella reunión, que más parecía alborotado gallinero.

Fué el caso que penetró en el almacén un empleado del telégrafo con un despacho, y casualmente tenía otro dirigido á mí que me entregó enseguida.

Abrilo maquinalmente y al

fijarme en la firma, sin leer el texto, y al ver doctor Filfasteink, lo agitaba yo como trofeo de victoria, seguro de que providencialmente venía en mi ayuda para disipar las dudas de mis amigos y restablecer la verdad.

—¡Cállese todo el mundo, y escuche la palabra de un sabio!... seguía yo diciendo como un profeta inspirado—Aquí está ese que ustedes lo creen loco, aquí está el sabio alemán!.... Y sin que yo pudiera evitarlo y en medio del barullo y la confusión, el telegrama pasó de mis manos á las del que más próximo estaba.

Este dirigió rápidamente la

vista por el testo, y cambiando de fisonomía, quedó sin saber que decir y sin atreverse á formular excusa alguna.

—¡Que se lea en alta voz!... Que se lea!..., esclamaban á coro, mientras pasaba mi vista por el testo, lacónico y terminante.

—¡Que se lea!... insistían á toda voz, bien ajenos por cierto de lo que decía aquel despacho.

Comprometido en aquel momento y con histérica entonación, no titubee en leerlo—decía así—*es usted un miserable!.....* y firmaba Doctor Filfasteink.

¿Han visto ustedes una animada tertulia en el apogeo de la animación y alegría, dando rienda suelta al jolgorio tras el lar-

go silencio que monótona pieza de piano les impusiera, y al oír inesperadamente el estampido de un petardo, quedar mudos y suspensos en el acto, sin saber



qué hacer ni qué decir? pues así de esta manera quedaron

los tertuliantes después de oír la lectura del telegrama.

No atreviéndose nadie á interrumpir el silencio que tan molesta situación había creado, me vi obligado á decirles estrujando el despacho.

—Les ruego á VV. que suspendan sus juicios hasta que me dispensen el honor de escucharme con toda calma, y sin decir una palabra mas, salí del almacén buscando aire donde respirar á gusto, y para ocultar la vergüenza que sobre mí pesaba en aquel momento.

Cuando yo hube salido se atropellaban las conjeturas y suposiciones, hasta que uno de ellos comunicó con aire de con-

miseración, que yo también había caído en la manía de haber hablado con los microbios, y que tenía en su casa dos obras más que me estaban delatando.

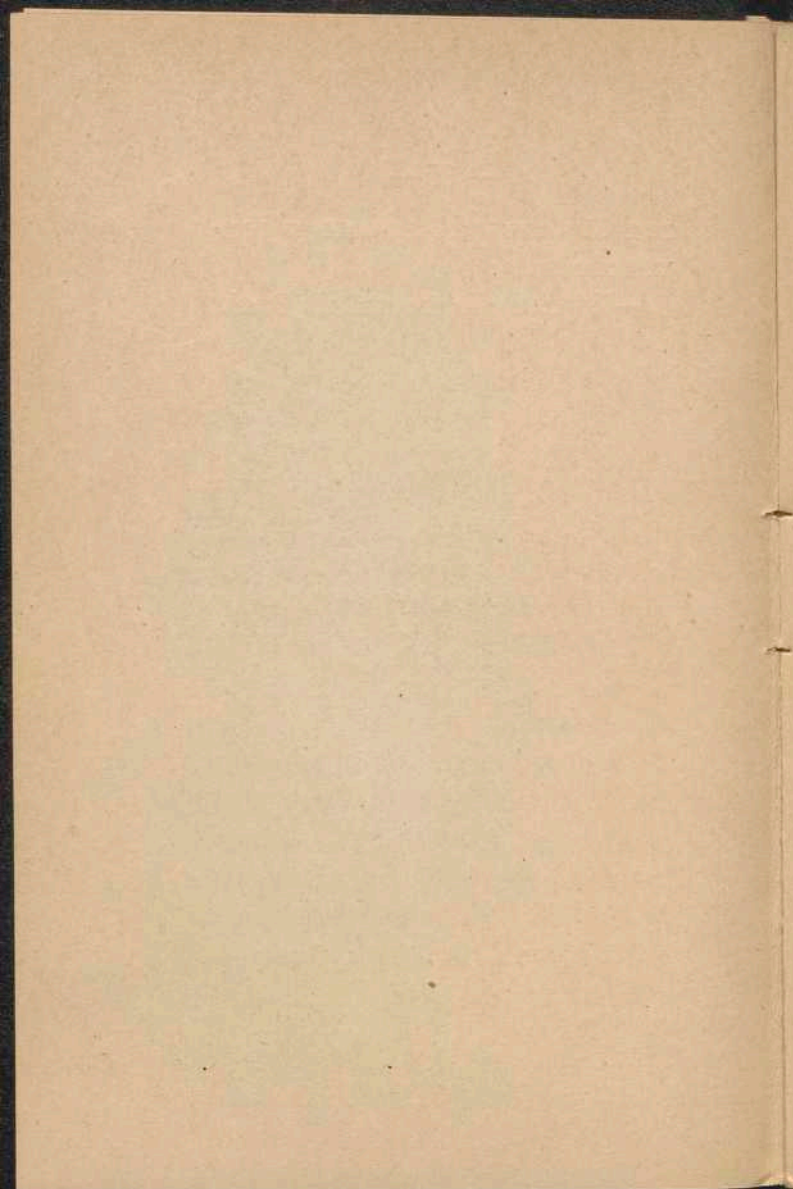
Se sacó entonces á colación mi vida agitada é inquieta desde que hice un precipitado viaje á Berlín: mi continuo ir y venir de Madrid á París, de Barcelona á Londres, de Berna á Lyon, sin que nadie hubiese podido saber en qué andaba ocupado, ni qué clase de asuntos pudieran traerme de aquella manera, en la que había disipado mi capital.

Después de mucho decir y cavilar para descifrar el enigma del telegrama, concluyó por exclamar el flamenco de aquella

reunión con todo aplomo y convencimiento:

—Ese... también está *chiflao!*..





II

Sumario.

INVITACIÓN PROVIDENCIAL.—A BERLIN!—EN
PRESENCIA DE UN SABIO.—EL DOCTOR FIL-
FASTEINK.—EL SANTUARIO DE LA CIENCIA—
—TRABAJOS Y FATIGAS DE UN DESCUBRIMIEN.
TO.—COMISIONES Y ACADEMIAS.—LA FÉ.—
TEORÍA DE LA AUDICIÓN MICROBIANA.

A los cuatro días justos de haber recibido el famoso telegrama del Doctor Filfasteink, pude por fin reunir en mi cuarto de estudio á un número de amigos de confianza, entre los que

se encontraban, como es natural, los que presentes se hallaban á la lectura del infamante despacho, y que desde estas líneas me complazco en agradecerles el favor que me dispensaron.

Tuve la satisfacción de verles á todos reunidos sin que ninguno faltara á la invitación, y después de pedirles excusa por la incomodidad y fastidio que seguramente les iba á producir con un relato largo y pesado y por demás insípido, del cual en puridad nada podía importarles, entré en materia, sin andar con rebuscamientos literarios ni galas de ingenio, que para la verdad más estorban que sirven de

adorno, y así, en lenguaje liso y llano, seco y cortado, empecé diciéndoles:

—Dos años próximamente hará, que tube el honor de conocer al doctor Filfasteink.

Ocupado yo por aquel entonces en trabajos de fotografía artística, á fin de dar una tregua á los estudios de laboratorio, recibí una carta del sabio Aleman, en la que invocando mis trabajos de comunicación con los microbios, que al parecer se sabía al dedillo, me suplicaba me trasladara á Berlin para poder comprobar sus trabajos que versaban sobre el mismo asunto, y con el aditamento de haber inventado un

aparato auditor; manifestándome un grandísimo empeño en que me trasladara sin perder tiempo á la capital del Imperio Germánico,

Excuso manifestar á VV. que sin perder un instante me puse en viaje, no tan solo por corresponder á la inmerecida honra que se me dispensaba, sino que tambien llevado por la curiosidad científica del lenguaje microbiano, del que empezaba yo á no estar muy seguro, por que inutilmente pretendía hacer hablar á los microbios como lo efectué en América, sin que ahora pudiera conseguirlo en España por mas esfuerzos que hiciera; y esto me ocasionaba

un resquemor y unas vacilaciones, que predisponían mi ánimo á pasarme al campo Filisteo donde se sustentaban las ideas de mi alucinación ó *chifladura* en materias de audición microbiana.

Llegué á Berlin y acudí presuroso á la casa del Dr. Filfas-teink situada en uno de los apartados arrabales del norte.

Yo no veía la ciudad, ni las calles, ni la gente, ni nada que se me hubiese puesto por delante; yo solo veía con los ojos de mi deseo, y éste fijo estaba en el descubrimiento que corroboraba mis trabajos anteriores sobre esta materia.

Me encontré al fin en presen-

cia del sabio, y no acertaba á á avanzar ni á decir cosa alguna en aquel momento, me complazco en manifestarlo, me hallé convertido en mísero gusano, á quien los destellos del saber habían ofuscado.

Sentado, ó más bien recostado en ámplio sillón de ruedas, aparecía una figura majestuosa de corpulenta talla, de larga y blanca cabellera, afeitado el rostro, que era noble y de acentuadas facciones, y con unos ojos vivos y animados, que rayos de fuego parecían lanzar cuando miraban, destacaban sobre unas marcadas ojeras en medio de un rostro blanco y ligeramente sonrosado.

Cubierto
por una ám-
plia bata de



color indefinible, no podía ocul-
tar la inmovilidad de sus dos
piernas, que rígidas é insensi-

bles descansaban sobre un plano inclinado del sillón.

Su presencia me tenía alelado y sin poder fijarme en aquella amplia estancia llena de hornillos y de estufas, de aparatos raros y de generadores eléctricos y cuajada de libros y preparaciones, de objetos extraños y cosas para mí desconocidas, pero todo con un orden, con una pulcritud tal, que causaban profunda simpatía.

El moderno Fausto no tenía calaveras, ni cocodrilos, ni dragones ni serpientes, pero en cambio se veían multitud de cachivaches especiales, que por lo desconocidos infundían más respeto.

Al notar que el Dr. Filfas-teink dirigía su sillón y se adelantaba á mi encuentro, con una facilidad extraordinaria, pude al fin chapurrear mi saludo, y recibir las atenciones y pruebas de distinción del venerable anciano de más de ochenta años, pero llevados con un vigor y una arrogancia poco comunes.

En los dos escasos días que permanecí á su lado, pude apreciar un corazón de oro y un cerebro de acero por lo consistente, el carácter más bondadoso y el talento más claro que he conocido.

He querido dar á ustedes estos datos para que compren-

dan mi estrañeza y mi estupor, al recibir su telegrama. tan en contradicción con el hombre.

¡Gracias Doctor Camamington!... Gracias por su amabilidad, me decía despues de haberme sentado frente á él.—Le pido mil perdones por las molestias que le he proporcionado; pero tengo la esperanza que las dará por bien empleadas, y que no se arrepentirá de haber venido.

Aquí tengo sus obras, las he leído con toda detención, y para qué ocultarlo, me parecieron al primer momento obras de pura imaginación, recreativas... pero inverosímiles; las volví á leer, las he estudiado

sin prevención y no dudé que encerraban una gran verdad, que eran la luz de la experimentación, que eran ciertas sus afirmaciones.

Repetí sus experimentos, y no obtuve resultado alguno, sin duda mi aparato auditivo no tenía la finura y construcción adecuada, para percibir las vibraciones bacterianas.

Recurrí al micrófono seguro de tener que apagar la intensidad del sonido; coloqué una cultura en la platina, y ni el más leve susurro llegó á mis oídos:

Dispuse nuevos carbones: modifique la recepción haciéndola mas sensible, y las vibraciones

de los pequeños seres no llegaron hasta mí.

Después de inútiles esfuerzos para conseguirlo, pensé en idear un aparato que supliese á la imperfección orgánica, y tres años de constante labor, de incesantes tanteos, han venido á coronar mis esfuerzos.

—¿Así que ya tiene V. completamente resuelto el problema? interrumpí yo, que oía y no creía en la verdad de lo que escuchaba.

—Resuelto en absoluto, mi querido señor, y tan resuelto, que no va V. á tardar en verlo.

Consideren VV. cuál no sería mi satisfacción, cual mi alegría, y cual el religioso respeto que

las palabras de sabio me producían.

Igual al niño de cinco años que en noche de crudo invierno, sentado delante de comfortable chimenea escucha el relato del venerable abuelo, con una sumisión y encanto incomparables, y con aquella credulidad de las almas infantiles más de ángeles que de niños, así escuchaba yo al Doctor Filfasteink, que desde las primeras palabras oráculo divino me parecía.

—No quiero, proseguía el sabio, molestar su atención con la Odisea del Auditor, que así llamo al instrumento: no quiero relatarle mis desmayos y desvanecimientos, mis alegrías y espe-

ranzas, ya podrá V. adivinarlas fácilmente al solo considerar, que para encontrar la solución del problema que perseguía, érame forzoso caminar á oscuras, en medio del vacío; no hallaba estudios anteriores que me iluminaran, no tenía luz alguna que dirigiera mis pasos, pero la tenacidad y la constancia, la fé y el entusiasmo los guiaron, hasta que he encontrado en medio de las tinieblas la luz de la verdad.

Cuando la Providencia puso en mis manos, proseguía diciendo el Doctor, el elemento de los diafragmas, pensé volverme loco!... .. he dicho la Providencia, porque el producto hallado

para su obtención es la resultante de cuerpos varios y residuos heterogéneos abandonados por olvido en el crisol, y que en vano trato nuevamente de obtener, sin resultado alguno.

Cuando coloqué los diafragmas y obturador, con las finas láminas de aquel producto tan extraño, seguía diciendo el Alemán, temí por mi razón, el problema estaba resuelto, y escuché por vez primera la voz de los microbios; pero era una algarbía infernal, como la que resultaría al escuchar con una potente trompetilla el clamoreo y gritería de millones de seres que hablasen á la vez.

Quise atenuar las vibracio-

nes cosa en extremo sencilla como V. comprende, pero en el acto me dí cuenta que era menester separar las bacterias, para así oirlas con toda claridad; y por medio de diluciones sucesivas como las empleadas por Pasteur para obtener culturas puras, antes de la adopción de las placas de gelatina, conseguí el resultado apetecido.

Yo no me atrevía á interrumpir al Dr. Filfasteink con inoportunas preguntas, y así dejé respetuosamente que siguiera explicando el curso de su magna investigación.

—Con agua esterilizada para retardar la reproducción hacia

el aislamiento, y dando el tiempo suficiente para la comunicación bacteriana.

No me cansaba de recoger nuevos datos; rectificar muchos, y trazar los nuevos rumbos que tenía forzosamente que seguir la bacteriología, implantando la nueva terapéutica, el supremo objetivo de la ciencia médica; pero me acordé que mi secreto pertenecía á la humanidad, que no debía considerarlo como de mi exclusiva propiedad, y así dirigí comunicaciones á las Academias é Institutos, participándoles el descubrimiento.

Esperé por unos días la llegada de los hombres de ciencia y repetí impaciente las comuni-

caciones, describiendo en ellas el auditor con toda minuciosidad.

Por esta vez fui más afortunado, pues las Academias abandonaron su habitual desdén, propio de todos los cuerpos colegiados del universo, y mandaron comisiones de su seno, á quienes como V. podrá comprender, sin reparos ni ocultaciones expliqué mis estudios y enseñé el aparato.

Yo notaba en ellos cierta displicencia que me hacía mucho daño; creí que no sabría explicarme con la suficiente claridad; espuse de nuevo mi teoría, detallé minuciosamente la parte técnica, pero no conseguí des-

pertar el entusiasmo que yo esperaba.

Pasando por alto este mal resultado les invité á escuchar el bacilo de Koch que acababa de aislar y dispuse lo necesario para adaptarles el pabellón lo que rehusaron terminantemente, pretendiendo oír sin necesidad de aislarse del medio ambiente.

Fueron desfilando uno á uno por el aparato sin que ninguno consiguiera oír: me ponía yo y les trasmitía las comunicaciones del microbio; volvieron á insistir y me manifestaron que no solamente era imposible el oír cosa alguna, sino que... pásmese usted, que yo estaba alucinado.— Que el aparato era curioso y

que denotaba habilidad y paciencia; así me dijeron!... Doctor Camamington!... y se retiraron sin lograr convencerlos.

Me sublevaba la incredulidad de las comisiones que pretendían informarse de mis trabajos, pero para todo esto era preciso tener lo que la época presente ha perdido: el animal hombre es igual en todas las épocas, la incredulidad es su distintiva característica; no conciben un más allá que no comprenda ó penetre su cerebro, y solo cuando surge la fé es cuando el mundo progresa, cuando se estremecen las nacionalidades.

¿A qué fueron debidas las proezas del pueblo Hebreo? ¿Cuál

fué el resorte del afianzamiento de la purísima doctrina de Jesucristo, y su difusión por todo el mundo? La fé mi querido Cammington, la fé que arrastró las masas á las cruzadas: la fé que ha hecho conservar la independencia á los pueblos, y la que ha producido las más sublimes acciones humanas, y ha hecho el progreso de las ciencias.

Yo escuchaba con religioso silencio al sabio Alemán, que me parecía un verdadero profeta Bíblico, y él animándose por grados seguía diciendo. — ¡Hombres escépticos desprovistos de fé!... ¿cómo habían de poder entenderme?

Ni siquiera tenían en cuenta

el progreso de las ciencias!... El ojo humano tan perfecto al parecer no podía ni siquiera sospechar la existencia de lo infinitamente pequeño, pero viene el progreso en su ayuda, y con el auxilio de las lentes se descubren seres en los que nadie había sospechado: combina los vidrios el sabio Holandés y distingue los microbios, y cuando llega el perfeccionamiento del microscopio nos damos cuenta cabal de la existencia de los pequeños seres y de la acción de lo infinitamente pequeño, que nuestra vista por sí sola hubiérale sido imposible el distinguir: sin hacer más que corregir los defectos de nuestro aparato visual: esto es todo sencillamente.

Se trata de la audición que presenta iguales analogías; el más exquisito y fino oído solo llega á percibir los ruidos de groseras vibraciones: á fuerza de gimnasia acústica y de verdadera educación auditiva, consigue analizar los susurros y de aquí no ha pasado.

Pero viene en su auxilio el descubrimiento de la trompetilla, y se dá el primer paso, se logra reforzar las ondas sonoras y muchos sordos dejan de serlo, y muchos sonidos llegan hasta nosotros.

Se inventa el estetoscopio y sus derivados, y con este instrumento se llega hasta lo más profundo, consiguiéndose per-

cibir vibraciones que no se conocían. ¡Quién les hubiera dicho á los médicos hipocráticos que con solo este instrumento se llegarían á conocer una cantidad de enfermedades hasta entonces mal entendidas ó ignoradas?

Pero la ciencia se había detenido aquí y no daba un paso más. ¿Por qué no se oye más? Porque las ondas sonoras vándose más allá de nuestro foco acústico, se escapan y perdemos su intensidad, y en otros casos, porque la vibración es tan sutil que para que llegue á nuestro oído precisaría ser reforzada, como con la lente agrandamos los objetos que antes ocultaban sus detalles efec-

to de su pequeñez, ó pasaban desapercibidos por su inapreciable tamaño.

Pues hien, proseguía diciendo el Dr. Filfasteink, verdaderamente inspirado por el convencimiento de lo que expresaba.

Es preciso evitar la dispersión del sonido como se ha hecho con los rayos lumínicos y de aquí los aparatos de condensación y las lentes homogéneas que han hecho el perfeccionamiento del microscopio: y ya que la vibración auditiva sea tan sutilísima que no consiga excitar nuestros filetes nerviosos, como la determinada por el lenguaje de los microbios, todo se reduce á reforzar el soni-

do que esta vibración original, igual á las lentes de aumento para agrandar los objetos, y para esto mis reforzadores auditivos, y ya tenemos resuelto el problema; y lo que sin el auxilio de este aparato sería imposible el percibir, llegamos á obtenerlo con toda claridad con un poco de atención y de costumbre: esto es lo más elemental y rutinario.

Han visto los hombres consagrados al estudio lo que respecto á la visión ha conseguido el microscopio, y lo comprenden y lo aceptan, lo palpan y lo avaloran.

¡Pero Señor! proseguía, indignado de la incredulidad de las gentes, el sabio médico.

¿Por qué no han de aplicar el mismo criterio á la audición, y darse cuenta de mi auditor?...

Estas son las eternas contradicciones del animal hombre. Es que falta la fé, y domina el escepticismo, esto es todo: ¡Bien castigados quedarán con el ridículo que la historia los tiene reservado, para cuando el auditor sea manejado y de uso corriente como el microscopio.

El ridículo que temían por la pequeña rasuración que les era preciso ejecutar al rededor de la oreja, con el fin de que adaptara de una manera precisa el pabellón del instrumento, hubiera sido su timbre de gloria: Porque ha de saber V. que no

consintieron en esto, y pretendían escuchar dejando escapar las vibraciones como es consiguiente; como si hubiesen pretendido ver una imagen en el microscopio sin ponerse en contacto con el ocular, y sin emplear el condensador, ni enfocar, ¡Lo de todas las épocas!...

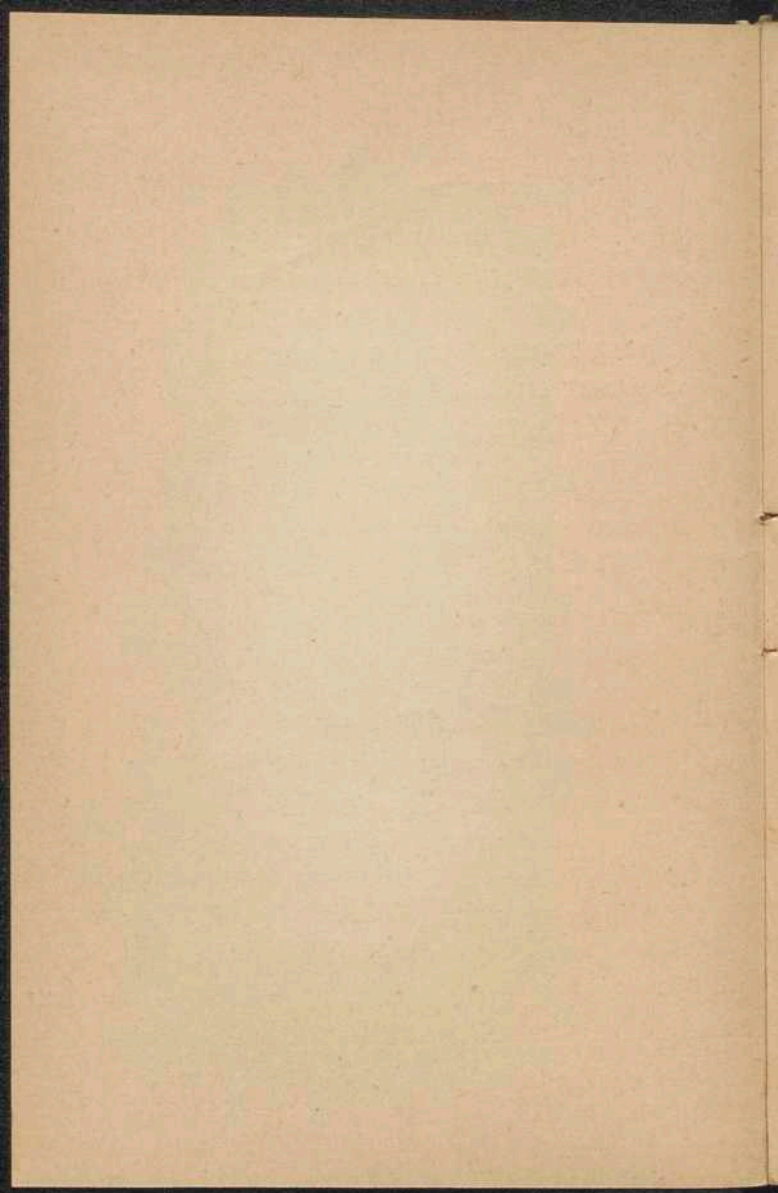
—Comprendo que les estoy martirizando, les decía dirigiéndome á las personas que me escuchaban, pero creo oportuno aunque sea así á grandes rasgos, poner á VV. al corriente de todas aquellas minuciosidades, aunque temo abusar demasiado de la paciencia de ustedes.

—*Se quie...úste callá...*

—Aunque el relato dure medio

año nos tendrá usted atentos, y cada vez más interesados en el, decía á su vez otro de los circunstantes: Y todos á porfía me instaron á continuar, lo que efectué de esta manera.





III

Sumario.

JURAMENTO SOLEMNE.—EL AUDITOR.—SU MANEJO.—IDIOMA Y LENGUAJE MICROBIANO.—EL SUELO VALLISOLETANO Y SUS MISTERIOS.—PROBLEMA MAGNO.—PRONÓSTICOS OPTIMISTAS DE UN SABIO.

—El Doctor Filfasteink después de haber dado rienda suelta á su despecho, prosiguió, diciendo:—Viendo que las comisiones no se dignaron tomar en cuenta mis trabajos; me dirigí á los hombres de talento en acti-

vidad, á los hombres de ciencia, á los técnicos, que así separadamente cuando no forman corporación ó están agrupados, gozan de toda su integridad cerebral, y he tenido la pena de ser también desdeñado, no he recibido de ellos contestación alguna.

Ya presumo que me considerarían como un monomaniaco en el primer momento, pero al pasar su vista por mis lógicas razones, al detenerse en la exposición razonada de los hechos sobre los que yo llamaba su atención, de sobra comprenderían que no se trataba de fantasías ni elucubraciones hijas de un cerebro perturbado, sino de

una cabeza que analiza y raciocina con la más perfecta lógica: Sea de ello lo que quiera, tuve al fin necesidad de convencerme de que en mi patria era excusado el insistir.

En tal situación de ánimo me resolví á llamarle á V. convencido de antemano que no me faltaría, que vendría usted en auxilio de este pobre viejo, que no pudiéndose valer por sí, reclama la ayuda de un amante de la ciencia, para dar cima á un trabajo de grandísima importancia, de suma trascendencia.

—Y aquí me tiene usted enteramente á su disposición, esperando órdenes que procuraré

cumplir en todas sus partes cueste lo que cueste, interrumpí yo, resuelto á prestar mi modesto contingente incondicionalmente.

—No desmiente V. su raza!... siempre ha sido patrimonio del español el seguir las causas nobles y generosas! Gracias Doctor Camamington, ya de antemano contaba con su ayuda; sin yo conocerlo, lo presentía; tenía completa fé en V. y no me he engañado; pero antes de poner en sus manos el auditor, y sin que esto le ofenda, sin que su delicadeza se lastime, deseo que V. preste solemne juramento de reserva: Perdone V. esta exigencia, disculpe esta debilidad de viejo.

—Dispuesto estoy á todo Doctor Filfasteink, contesté resuelto á satisfacer sus más mínimos deseos.

—Pues entonces, seguía diciendo el sabio con acento solemne y enérgica entonación.

¿Jura V. por su honor, por Dios y por la salvación de sus más caras afecciones guardar el secreto del auditor?

—Lo juro... contesté yo resueltamente.

—¿Jurais no comunicar á nadie el secreto del trabajo en que vais á tener participación?

—Lo juro!... volví á contestar con acento enérgico.

El anciano me abrió los brazos, corrí á estrecharlo entre

mi pecho, y el silencio que siguió fué más elocuente que todas las protestas de cariño y adhesión.

Al cabo de un rato durante el cual danzaban en mi fantasía seres extraños, y se sucedían escenas extravagantes ó indescifrables, y actos inconexos que el misterio hacía surgir en mi excitado cerebro, el Doctor Filfasteink valiéndose de la suave palanca de su sillón, iba y venía con una velocidad y precisión tal, que no podía menos de sorprenderme; revolvía legajos, sacaba diseños, escudriñaba por todos los rincones de la amplia estancia, y después de amontonar papeles y mamotretos, sa-

có de estufas y termostatos, de vitrinas y estantes, que habilmente estaban dispuestos al alcance de su mano, multitud de frascos y tubos, de cápsulas y valones, y ya todo listo encima de la mesa que estaba dispuesta en el centro de la habitación, concluyó por abrir un cajón y sacar de él una caja cuadrangular, que bien se hubiera podido tomar, por un neceser ó cosa equivalente.

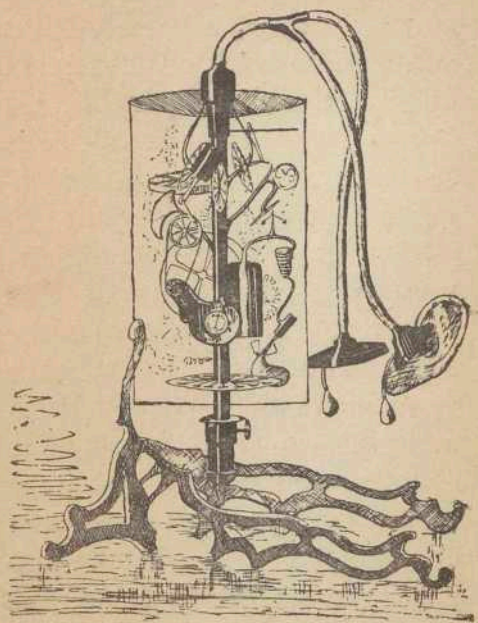
—Este es el aparato ¡éste es el auditor!, exclamaba gozándose de antemano con su triunfo: éste es el instrumento, resultado de mis desvelos y vigiliass, de mi constante labor, y hasta de la ayuda que la Providencia se ha dignado prestarme.

Abrió la caja y quedó el auditor al descubierto.

Yo lo contemplaba mudo, estático, sin atreverme á tocarlo, hasta que el Doctor sacándolo del estuche, lo puso en mis manos con fraternal fruición: Yo lo miraba de alto á bajo con estremada precaución, movía resortes, destornillaba discos, movía sus piezas, y al cabo de largo rato de observación y de análisis, pude darme cuenta de lo que tenía en mis manos.

El aparato estaba compuesto de un cuerpo cilíndrico como de unos veinte centímetros de longitud por ocho de diámetro todo de níquel; presentaba en su parte inferior un tubo de adaptación

que subía y bajaba por medio de



una cremallera igual á la que

tienen los microscópios para acercar ó alejar las lentes á la platina: en este tubo se veía en su parte inferior un diafragma que lo obturaba y que podemos llamar receptor por ser el que se ponía en contacto con el líquido bacteriano.

El cuerpo del aparato dejaba ver en su parte superior una abertura circular por donde adaptaba á rosca un tubo de goma revestido por finísima malla de amianto y colodion elástico: este tubo se bifurcaba en dos ramas para terminar en dos pabellones desiguales destinados para hacer el vacío; uno que adaptaba para encerrar la oreja, y el otro en la frente del

observador, á fin de aislar estos sitios del medio ambiente.

El tubito que adaptaba en la frente tenía encerrado un hilo de platino y selenio que remataba en el receptor inferior del instrumento, y que al ponerse en contacto con la frente por medio de una pequeña placa, establecía la comunicación directa entre el cerebro y el micróbio, para transmitir el lenguaje inductivo: así como el tubo que venía á parar al oído, transmitía las vibraciones del líquido bacteriano.

Dentro del cuerpo del aparato que se sostenía en posición vertical por medio de un trípode también de níquel, estaban en-

cerrados los reforzadores ó sea tres diafracmas hábilmente dispuestos para venir á converger á las tres aberturas que el tubo central presentaba; éstos diafracmas de complicadísimo mecanismo, en algo se asemejaban á los diafracmas fonográficos de Bettini, con sus siete focos acústicos.

—Ya lo vé V. decía el alemán dispuesto á explicar el instrumento: se ha tratado de evitar la dispersión de la onda sonora, y se ha conseguido reforzarla por medio de los diafracmas, que podríamos darles el nombre de bacterio reforzadores.

Para su empleo ó más bien

su uso, seguía diciendo, mientras colocaba en posición el aparato, se dispone la cápsula del agua destilada que retiene la bacteria y se le pone en inmediato contacto con el receptor, que como V. vé es operación igual al contacto de las lentes de inmersión homogénea en el microscópio; se ajusta ahora el pabellón, se aísla la oreja haciendo el vacío con la perilla, y lo mismo se coloca éste en la frente.

Ya está sencillamente dispuesto, ya se podrá oír dentro de unos instantes cuando las vibraciones hayan por así decirlo empapado el instrumento, y todo es cuestión de prudencia

y de sagacidad para obtener de los micróbios aquello que se desea.

—Perdone que lo interrumpa Doctor Camamington, decía uno de los concurrentes con su amabilidad y cortesía acostumbrada. ¿Cuál es el idioma que para comunicarse con ustedes emplean esos... bichitos?..

—¿No poseerá alguno el Catalán? preguntaba otro.

—Yo les diré á ustedes, contestaba dispuesto á satisfacer su natural curiosidad: Se me había olvidado decir á VV. que la comunicación tenía que efectuarse por medio de la voluntad por mandato cerebral, sin que para nada interviniera la pala-

bra, y á este objeto estaba dispuesto el tubo que se aplica á la frente y que comunica con el líquido microbiano.

Si un ser monstruoso y descomunal pretendiera dirigirnos su voz, claro se está que no habría en el oído de ningún mortal, tímpano lo bastante resistente para recibir el choque de aquella voz, más estruendosa que el disparo de mil cañones, y el sistema nervioso humano quedaría destrozado como es consiguiente: ésto les ocurriría á los micróbios si llegasen á percibir las vibraciones de nuestra voz: y ésto como ustedes comprenden es imposible: Pero hay otro escollo más insuperable.

¿Qué idioma sería el nativo y usual de esos seres? ¿Cómo aprenderlo? Esto hubiera sido lo suficiente para hacer desmayar á cualquiera que hubiese pretendido ese imposible; era el colmo de lo insuperable.

Todo es cierto, pero el hombre de ciencia nunca deja de aprovechar el progreso humano, siempre tiene que utilizar el extraño esfuerzo, y en este caso las ciencias auxiliares han venido á darnos un poderoso contingente para la solución del problema.

La adivinación del pensamiento, el mandato sugestivo ¿qué son?

Pues sencillamente la directa

comunicación de dos cerebros, de dos voluntades, de dos naturalezas que se entienden sin necesidad del uso de la palabra: El imperio de la voluntad irradia ondas vibratorias que chocan con sus similares, y la comunicación se establece, y el lenguaje síquico, inarticulado, más elocuente que el hablado, queda establecido.

Las naciones se entendían á través de las distancias por intermedio de hilos y de cables, pero el progreso humano siempre incesante llega á obtener la comunicación sin necesidad de estos intermediarios, bastando con disponer de la vibración eléctrica para obtenerlo, y ya

ven VV. que está en uso la telegrafía sin hilos de Marconi.

¿Quién lo hubiera sospechado?

—¡Bravo! ¡Bravo!...exclamaban los concurrentes después de haber escuchado mis explicaciones.

—Pues reanudando el hilo de mi narración, les diré, proseguía yo para cortar las manifestaciones expresivas de los amigos; que al ver al alemán en actitud de escuchar á los microbios, que era lo que yo deseaba ardientemente, sentía una impaciencia que no podía dominar, y la debió adivinar sin duda, porque desprendió los pabellones que hizo descansar sobre

la mesa, y con reposado acento empezó á preguntar.

—Valladolid fué la famosa ciudad Española de los viejos tiempos de la monarquía ¿no es cierto?

—Ciertísimo contestaba yo sin saber á donde podía dirigirse el hombre.

—En esa Ciudad vivían los grandes ingenios?

—Ya lo creo!...Todos los del siglo de oro de nuestra literatura.

—Pues bien, proseguía, en Valladolid fué donde en todo su apogeo, en toda su ferocidad, se implantó de hecho el tribunal de la Inquisición.

—Evidentemente, contestaba

yo, y para comprobarlo ahí está la historia de aquellos terribles autos de fé que todavía se recuerdan con horror y espanto.

—Perfectamente, ya tenemos el complemento, seguía diciendo, como aquél que liso y llano encuentra el camino de su deseo.

En aquella época se desarrolló el fanatismo religioso, por contagio, por espíritu de conservación y más que todo por el temor de aparecer tibio, y ser víctima de la intransigencia.

—¡Pero Señor!..., exclamaba yo para mi fuero interno, ¿á dónde va este hombre á parar con la Inquisición y con los Ingenios Españoles de la edad

de oro de nuestra literatura?
¿Por qué extraño camino quiere
conducirse este buen señor?

—La mezcla, ó más bien, la
reunión del Ingenio con el fa-
natismo religioso tuvieron que
ejercer naturalmente poderosa
influencia en aquellas organiza-
ciones, y operar cambios y trans-
mutaciones, capaces de modifi-
car á su vez los elementos ex-
traños que les eran afines, que
constituían parte de su indivi-
dualidad. Más claro Dr. Cama-
migton, tuvieron que crear un
medio distinto y particular del
que se habían de resentir las
bacterias contenidas en su intes-
tino sobre todo.

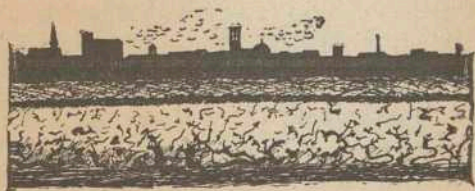
Aquellos microbios con el me-

dio modificado en que se vieron precisados á actuar, necesariamente se modificarían á su vez á pesar de la ley de *Darwin* para los organismos rudimentarios, de esto no me cabe duda alguna: pues bien, seguía diciendo impertérrito; en analizar aquellos cambios, en observar aquellas modificaciones estriba la confirmación de un estudio trascendental que ya tengo terminado, y que no me atrevo á publicar sin antes hacer esas averiguaciones; el trabajo es este: —*Acción del talento con acentuación del fanatismo religioso, para imprimir modificaciones esenciales en la estructura del bacilo Coli-Comunis.*

—¡Pero señor! exclamaba yo aturrido sin poder contenerme. No comprendo la relación, ni adivino cómo se podrán obtener ni observar aquellas modificaciones de que V. habla.

—La relación, ya la comprenderá V. sin que yo se la explique, más adelante se dará usted cuenta de ella; y en cuanto al medio de obtener la observación me parece en extremo sencillo.

En la extensa explanada don-



de está situada la ciudad de Va-

lladolid se observa uno de los suelos más permeables de España, á merced del cual, por filtración natural se introducen las bacterias que en el suelo se depositan, para ir á parar á la primera capa de agua, especie de depósito subterráneo que en ese punto casi no tiene arrastre.

— ¡Pues señor! esto solo me faltaba! aquí tenemos un alemán, decía yo para mis adentros, que sabe minuciosamente lo que ignoramos los españoles, y que se preocupa de lo que nosotros debiéramos haber sabido para poner el oportuno remedio; y hable V. de Higiene! y de saneamiento, y de regeneración

cuando estamos casi en estado salvaje.

—Ese depósito natural 'subterráneo tan superficial, no se halla modificado por estrañas influencias, y claro se está que los microbios en él contenidos, gozarán de las cualidades características que tenían al depositarse allí: Lo que más abunda en el suelo vallisoletano, y no se ofenda usted mi querido señor, y amigo, proseguía diciendo el Dr. Filfasteink temeroso de lastimar mi susceptibilidad nacional; lo que más abunda, es el residuo intestinal de centenares de años, que si una elemental limpieza, una higiene medianamente observada hubieran evitado con

facilidad, desgraciadamente para VV. no ha sucedido así; las materias intestinales van acinándose y empapando el subsuelo con la sucesión de los tiempos; y la mortalidad y el desarrollo é incremento de las enfermedades infecciosas, y hasta el olfato las manifiestan con toda evidencia, pudiendo haber evitado fácilmente este gran peligro con solo tender una completa red de cloacas de rápido desagüe, pues de no ser así como V. sabe se provoca el efecto contrario con el estancamiento.

—Es cierto, afirmaba yo á cuanto el alemán decía, por mucho que me doliera el confesarlo.

— No se apene V. que pronto han de tener la satisfacción de ver resueltos todos estos problemas de higiene: el progreso avanza, y los pueblos refractarios á él, ó desaparecen, ó al ser arrollados se modifican de una manera radical; no tenga V. duda alguna.

Esa España romántica y cabaleresca, recobrará su vigor, se presentará ante el mundo vestida á la moderna, y adornada con los bríos que la prestan su sangre y su historia.

No quise contradecir al sabio que tan optimista se presentaba, y en vista de mi silencio prosiguió el curso de su disertación.

— Pues bien, aquellas materias intestinales de la época del Ingenio y de la Inquisición, las tenemos en el subsuelo de Valladolid en estado latente; urge el examinarlas, es preciso acudir con presteza para hacer la investigación, pues presiento el progreso que avanza hacia aquella ciudad, que cual escoba gigantesca barrerá toda la inmundicia, siendo entonces imposible complementar mi trabajo: es preciso acudir con prontitud Doctor Camamington, pues en ello nos va el poder desentrañar todas las acciones microbianas, y la oportunidad de actuar con los microorganismos, transformándolos ó com-

binándolos como unidades químicas, y con esto habremos resuelto el transcendental objetivo de la medicina.

Declaro á Vds. paladinamente, decía yo á los que me estaban escuchando con atención, que no veía clara la conclusión del Doctor Filfasteink, pero sugestionado como yo estaba por el sábio, me puse á sus órdenes para secundar inmediatamente sus deseos y seguir al pie de la letra sus instrucciones.

El vértigo me llevaba hácia el auditor, mis potencias y sentidos me arrastraban á él, y sin poder resistir el deseo, y con el pretexto de adiestrarme

en el manejo del instrumento, tomé posiciones y previa rasuración para adaptar los pabellones, quedé en disposición de escuchar la voz de lo infinitamente pequeño, que más que ganas tenía de volver á percibir.



IV

Sumario

EN COMUNICACIÓN CON LOS MICROBIOS.—
EL BACILO DE LA TUBERCULOSIS.—TRAS-
FORMACIONES OBSERVADAS POR EL DOCTOR
FERRÁN.—PARENTESCOS.—BACILO WSPERMI-
GENO DE FERRÁN.—SUEROS.—TOXINAS-CU-
RACIÓN DE LA TUBERCULOSIS.—COMO EL
ROSARIO DE LA AURORA.—FILOSOFÍA.—RI-
SUEÑO PORVENIR DE LA PATRIA —Á CASA
CON EL RECADO.

Mientras yo aguardaba el
susurro inicial de la comunica-
ción bacteriana, el Doctor Fil-
fasteink iba y venía, llevando

y trayendo cápsulas y frascos, legajos y papelotes, sin dejar de dirigirme de vez en cuando bondadosas miradas que yo agradecía infinito. El sábio se recreaba con las agradables impresiones que yo iba á experimentar, seguro como estaba que me comunicaría con los micróbios.

Efectivamente, no tardé en notar un extraño susurro, especie de tenuísima vibración, que me puso sobre la pista, y así concentrando mi voluntad, y con imperativo mandato cerebral, pregunté con quién tenía que habérmelas.

— Otra vez!.. Pues soy quien soy!.. contestó inmediatamente

el microbio de la cápsula con toda claridad,

—Disculpe usted mi curiosidad, le repliqué, pero sería para mí un verdadero honor el poder comunicarme con usted

—Déjate de finuras y vana palabrería, decía muy fresco el microbio, como á quien le causa fastidio la etiqueta: Nos conocemos lo suficiente para que tratemos de engañarnos, con que así, al pan pan, y al vino vino, como dicen en tu tierra.

Por lo visto tenía que habérmelas con un microorganismo tan ilustrado como campechano y francote, y era preciso seguirle la corriente para entablar con él relaciones amistosas.

—¡Pues bien, ya que así lo quieres, hazme el favor de decirme quién eres, pues yo te explicaré quién soy y á lo que vengo.

—¡Soy el tuberculoso hombre!... ya podías haberlo sabido



antes: y respeto á lo segundo, no te molestes porque ya se quien eres y lo que buscas!— Buena pieza estás tu para no conocerte enseguida; pues con franqueza te diré que apesar de nuestras antiguas discusiones y resentimientos, y de nuestra encarnizada lucha, supuesto que ya llevamos algunos años de armisticio, me encuentro dispuesto á satisfacer tu curiosidad; No olvido que tu nos hacías una guerra leal y franca, siempre con nobleza y sin artificios, y esto es de agradecer.

Así me gusta á mi la gente decía yo para mi colete en vista de las declaraciones del báculo, y supuesto que lo veo en



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

tan buena disposición, en tan excelentes condiciones, *aquí de Dios que no peço*, esta es la mia, y con poca astucia que emplee soltará *este Tío* todo lo que haya guardado en el buche.

—¡Cuidadito conmigo!!... replicó inmediatamente el bacilo, mucho cuidadito con lo que se piensa!!... pues te olvidas sin duda que está en contacto tu cerebro con el mio, y claro se está que llegan hasta mi tus más íntimos pensamientos, con que así fuera disimulo y prevenciones que son completamente inútiles.

Efectivamente no había yo tenido en cuenta, que toda idea

que surgiera de mi cerebro tenía que ir directamente por medio del hilo de platino y selenio, al microbio: no así sucedía con el microorganismo que podía ocultar sus pensamientos sin que yo pudiera adivinarlos, pues era imposible ponerle un conductor en su masa cerebral para que tal resultado se obtuviera.

—¡Bueno pues!... contesté yo resuelto á usar de una franqueza y lealtad absolutas.

Hace algunos años que estoy alejado del estudio, que no sigo cual debiera el movimiento científico, que me encuentro á oscuras como quien dice en lo tocante á la Bacteriología que más directamente te atañe, y

así aprovecho la oportunidad de este feliz encuentro, para tomar por los cabellos á la ocasión, por más que la pinten calva, y satisfacer mis deseos.

El Doctor Ferrán, el sabio de Barcelona que en el oscuro rincón de su laboratorio lucha y trabaja para arrancarle á la ciencia sus secretos, ha llegado á conocer transformaciones tuyas que quiero me rectifiques con toda franqueza.

—¡Pues naturalmente!... contestaba el bacilo tuberculoso, ¿acaso vosotros no experimentais esos cambios y mutaciones sin que el mundo se conmueva? reparad una colección de fotografías de épocas diferentes y

os encontrareis en el traje, en la expresión y en la fisonomía cambios notables, efectos de la moda y de la edad; pues así nos sucede á nosotros que también somos hijos de Dios.

I Vosotros llevados de vuestra genial botaratería, y no te ofendas porque no es más que justicia la que hago, proseguía diciendo el microorganismo con todo desparpajo, vosotros cuando notasteis nuestra existencia tantos siglos ignorada, ya disteis por sentado como un hecho inmutable y preciso nuestras condiciones y peculiaridades; trazasteis nuestro ser físico y moral y os quedasteis tan orondos, sin tener en cuenta que era

preciso profundizar más, tratarnos con mayor intimidad, ponernos á prueba como quien dice, para que después no sufrierais un fracaso.

Insensato sería aquel que á la sola vista de una persona, al trato en visita de cumplido, ya creyera conocerla y leer en su interior hasta sus más íntimos pensamientos; sería preciso para esto no solamente tratarla en la intimidad, hacer vida común, sino que tambien poner á prueba sus condiciones para ver si respondía ó no, al juicio que de ella habíamos formado: Así está procediendo el Doctor Ferrán y así ha llegado á conocernos mejor que nadie.

—¿Y respeto al estado saprofito? ¿Qué hay de esto? preguntaba yo que quería saber si el bacilo de la tuberculosis se podía encontrar en la naturaleza, como ser inofensivo en algunas de sus fases.

—Pues sencillamente que es la verdad como ha dicho el microbiólogo español, y para negarlo sería preciso prescindir del sentido común; las circunstancias en que actúa siendo diversas, tienen que modificar sus condiciones, y eso ya lo saben hasta los más rudos de nuestra especie.

Esta es la verdad descubierta por el Dr. Ferrán, que con solo lograr el cultivarnos en

caldo sencillo ha conseguido despojarnos de la cualidad aglutinante, y lo que es más importante todavía, del poder ocasionar la tuberculosis; así como también el de hacernos á voluntad recobrar nuestros antiguos hábitos patógenos para volver á las andadas.

—¿Y respecto á las identidades en las bacterias pseudo-tuberculosas, y el lazo de unión con el Colí, el de Eberth y el Espermígeno? Qué hay de verdad, preguntaba yo incansable por comprobar los interesantes estudios de mi amigo el Doctor Ferrán.

—¿Qué quieres que haya? contestaba con toda flemma el micro-

bio; si ni siquiera teneis ni lógica ni memoria!!.... Habéis visto lo sucedido con las bacterias pseudo-diftéricas, que se os figuraban distintas de las diftéricas; el estudio detenido y la observación atenta ha revelado su identidad; ¿pues por qué no pensais de igual manera, ¿por qué no aplicais el mismo criterio para aclarar este punto? si así hubieras procedido os hubierais encontrado con su identidad.

Respecto á identificaciones, á parentescos, vinculaciones y demás zarandajas ocurre esto en que deseo fijas bien tu atención.

Un hijo de vecino bien con-

formado, bello y esbelto como un Adonis, se le puede contemplar arrogante y proporcionado en los días caniculares, y en plena playa de San Sebastián, luciendo blanca pechera, y holgado traje de franela que trasparenta sus musculosas formas: Llegá el invierno y al mismo hijo de vecino podemos echarle la vista encima: se le observa en Viena ó San Petersburgo con su gorro de pieles, su largo sobretodo que le cubre hasta las orejas y le abulta el cuerpo como si fuera un hipopótamo: mirada su silueta no es la misma, observado á la distancia imposible el identificarlo: así nos ocurre á nosotros los mi-

crobios cuando se nos hace pasar por medios nutritivos diferentes, ó sea por climas diversos como á vosotros: Nos mirais; nos echais el microscópio encima, y no tardais en tomarnos por dos seres distintos y así lo jurarías por lo más sagrado; pero el observador de verdad que tiene en cuenta las estaciones y las modas, con solo fijarse en la actitud ó en alguna modalidad especial, distingue al momento y reconoce al individuo; más claro! seguía diciendo el bacilo, que sin duda adivinaba que era preciso explicarse mejor.

En un baile de máscaras con la diversidad de trajes y colores,

con el empeño para no ser conocido, es para algunos tarea imposible el distinguir á las personas: pero el hombre sagaz, sin hacer caso de disfraces ni posturas, gritos ni payasadas, se fija en el modo de adelantar el pié derecho por ejemplo, en el modo de mover el cuerpo, la inclinación de la cabeza ó en alguna otra particularidad y en el momento reconoce al individuo sin que se equivoque en su vida.

Pues de esta manera, á pesar de nuestra forma más ó menos regular, á pesar de nuestras inclinaciones y tendencias, á pesar de nuestras diversas acciones que nos enmascaran y confunden, para un observador de ver-

dad es vana tarea, tiempo perdido, se dirige á nosotros con tenacidad y perseverancia y no se dá por vencido, hasta que nos descubre, y nos conoce sin que jamás se equivoque.

—¿Y el espermígeno? insistía yo que á todo trance me había propuesto descubrir la verdad.

—Aplicate al cuento anterior, y si no te agrada, allá va otro por el estilo para que veas que los tengo para todos los gustos.

Un sencillo y cabezudo hijo de la Rioja criado entre los *ajos* y *cebollas* que tan abundantemente cria la región, me lo llevan á Buenos Aires para despojarlo de la faja y del tapabocas como ahora han dado en llamar

á la manta, y entregarle en cambio un poncho, y dedicarlo á las faenas del campo: el hombre tarda en acostumbrarse á la nueva vida, y poco á poco va despojándose de su riojanismo: deja la boina y adopta el sombrero que mejor que aquélla le defiende de los rayos del sol; abandona el pantalón y acepta la bombacha ó el chiripá como más cómodo, hasta llegar á usar todo lo que en aquel país, y para aquel trabajo está en uso; y ya lo tenemos convertido en un gaucho hecho y derecho que toma mate, baila *gato* y que suspira por la *mazamorra* aunque no se olvide de su hermosa tierra.

Pasan los años, y el sol y el

aire lo han curtido aún más de lo que estaba, al tiempo que ha logrado adquirir la destreza y habilidad que los hijos del País tienen para las faenas del campo: ya no es un Riojano al parecer; ya adquirió el tonillo de la tierra; todos le tienen por criollo.

¿Quereis descubrirlo? quereis distinguirlo de sus compañeros? pues dadle un vaso de vino más del regular, picarle el amor propio nacional, ofended su patriotismo, y al verlo incontinenti arremeter con la navaja, ó el *facón* de los hijos de aquel país, en lugar de las interjecciones clásicas de los *hijos que las madres pudieron ó no haber parido*, y que tanto escozor le pro-

dujeron á nuestro buen Sancho Panza; mi paisano sin saberlo ni entenderlo larga una *seronada* de ajos y cebollas regados por el Ebro, que al escucharlos forzosamente se tendrá que reconocer al riojano puro y neto por disfrazado que se encuentre.

Pues eso mismo sucede con el bacilo espermígeno, será distinto al parecer del de la tuberculosis, habrá tal vez perdido no solo su manera de vestir, sino que tendrá hábitos y costumbres diferentes, pero la propiedad de producir espermina lo delata, lo descubre igual que al riojano sus típicas interjecciones.

Les aseguro á VV. decía yo dirigiendome á las personas que

atentamente escuchaban el relato, sin dar señales de fatiga ni cansancio (que no es poco heroísmo) Les aseguro á VV. que todo cuanto el microbio me decía era una pura verdad, pues el bacilo que Ferran ha bautizado con el nombre de espermígeno, lo ha encontrado en los esputos tuberculosos, en el pulmón fermentado de las vacas tuberculosas, así como tambien en los pulmones de carneros sanos, y ha comprobado plenamente la identidad con el bacilo tuberculoso en estado saprofito, es decir, en condiciones de no dar lugar á la enfermedad, y los dos igualmente tienen la propiedad de desarrollar espermina, que de todos es bien sabido

constituye el heróico tónico de la célula animal, y un poderoso escitante de la nutrición.

—Pues es la primera vez que yo lo oigo, exclamó uno de los circunstantes sin poderse contener, ¿Y usted lo sabía?, preguntaba al que tenía á su lado que no se desprendía de su sempiterno puro.

—No seas cursi..... contestó, largando una bocanada de humo, el aludido.

Yo tomando el curso de mi narración, proseguí diciendo, al dirigirme al bacilo.

—¿Que hay de cierto en eso de aprovechar las toxinas del bacilo tuberculoso en estado saprofito para curar la tuberculosis?

¡Pregunton estás por vida mia!! y parece que no te cansas de machacar, exclamaba el microorganismo al ver mi manía investigadora.

Lo que hay de cierto es que las toxinas del tuberculoso en sa-
profito cultivado en suero líquido, no sólo impiden el desarrollo de la tuberculosis, sino que llegan hasta producir la fusión de los tuberculos que pudieran existir, y con esto ya se podría haber dado por resuelta la curación de la enfermedad de una manera cierta y positiva, sino fuera por el *pero*, y este consiste en que los productos tuberculosos al ser disgregados por las toxinas se vuelven tóxi-

cos á su vez y pueden matar al enfermo no por tuberculosis, sino por caquesia, es decir, originarle una verdadera intoxicación que lo hecha al hoyo.

—¡Hombre!...digo microbio!.. No tienes necesidad de recalcarlo tanto porque no soy tan ignorante, que deje de comprender el lenguaje corriente y usual de la ciencia, interrumpi yo, ofendido de esas repeticiones, propias tan solo de ser dirigidas á un extraño á la bacteriología.

—*Hola! hola!*... humos tenemos? peor para ti, contestó airado el microbio, y para castigarte te diré sin que tu me lo preguntes, que con lo que se consigue la curación es, con las

toxinas del bacilo espermático que poseen propiedades inmunizantes y curativas, y tanto más acentuada será la propiedad, cuanta mayor cantidad de espermina produzcan.

— ¡Noticia fresca!...vaya un fiambre servido á mitad de comida!...no pude yo por menos de exclamar.

— ¡Insolente!.. mal educado!.. replicó iracundo el bacilo. ¿Porque es fiambre? por qué lo es? cuando constituye la última expresión de la ciencia en esta materia.

— ¡Mira! á mi, ni tu ni nadie me ofende en vano, ¿sabes? no pude yo por menos de contestar al ver el tono soberbio del

microbio; el insolente eres tu que para espresarte te apropias hasta las mismas palabras del Dr. Ferrán, para ofrecerme como novedad, lo que hace más de un año publicó el microbiólogo español sin darse la menor importancia y como la cosa más natural del mundo.

— ¿Y de quién lo habrá aprendido, de quién? vamos á ver, de quién? increpaba el bacilo dando al traste con todo.

— Que de quien lo ha aprendido! decía yo perdiendo los estribos, y rechazando en el acto la injuriosa suposición de apropiarse de lo ajeno. ¿Tal vez se lo hayas enseñado tu con esas fiambres y entremeses de tu vas-

ta erudición!!...le decía en tono de chunga.

—Yo: si señor; yo mismo, afirmaba colérico, yo soy quien le he descubierto esos secretos, pues sin mi le hubiera sido imposible el conseguirlo.

—Mientes como un bellacol... á quién se lo debe es á su cerebro, á quién se lo debe es al estudio y á su contracción, á su labor incesante, á su ciencia.

Al escuchar un insulto y una grosera interjección propia de taberna, no pude por menos de largar la sin hueso y á toda voz y gritó pelado, y con enérgico acento le devolví la pelota, que hizo acudir en mi ayuda al Doctor Filfasteink que ignoraba de lo que se trataba.

Desprendí los pabellones del aparato, y le conté al sabio alemán el incidente con el bacilo tuberculoso, no tardando en contestarme bondadosamente.

— ¡Ya lo ve usted! la envidia se irradia hasta á los seres microscópicos! ese microbio que escasamente tiene cinco milésimas de talla, no puede tolerar que haya alguien que sepa más que el, que antes que él haya descubierto alguna verdad: ¡esta es la condición de todos los seres!!

¡Ya vé V. si me explicaré yo todos los calvarios!!...

Estos son incidentes que no pueden tomarse en consideración: el hombre superior ya lo

tiene descontado de antemano, y por eso su amigo el Dr. Ferrán prescindió de ataques y diatribas, de insultos y miserias y sigue con ánimo sereno el camino de la ciencia, y todos tendrán que considerarse pequeños frente á él.

— ¡Gracias Doctor Filfasteink! gracias por sus generosos conceptos en favor de mi amigo. ¡Pero señor! esta es una fatalidad que pesa sobre los hombres de valer!!!...

— Y qué le hemos de hacer? Pocos, muy contados serán aquellos á quienes no corroa la envidia de sus semejantes; pocos, muy contados los que elevándose del nivel de la *morralla*

no sean perseguidos por esta lepra que infesta al género humano.

¡Desde el momento en que el individuo deja de inspirar lástima ó conmiseración; desde el instante en que pueda valerse por sí, sin necesidad de extraño auxilio, tendrá necesariamente que sufrir los efectos de la envidia de sus semejantes, y más virulenta, más tenáz, más porfiada de los que le sean afines.

¡Miseria y nada más que miseria, por encima de la cual el hombre superior debe pasar sin detenerse á contemplarla; con que así, á otro asunto, por que ésto hace ya tiempo que está pasado de moda.

Convencido del razonamiento filosófico del Dr. Filfasteink, se calmaron mis nervios, pues aquel hombre ejercía sobre mí un imperio absoluto.

—Los viejos, me decía cambiando el tema de la conversación, los viejos somos como los niños, caprichosos, tercos y porfiados, y yo no puedo ser la excepción en este caso.

Ha llegado el momento de poner en práctica el estudio del Coli-Comunis, un retardo cualquiera pudiera desbaratar todos mis planes: la inesperada noticia de cercana invasión epidémica, podría cambiar súbitamente las condiciones sanitarias de Valladolid, y todo lo habríamos perdido entonces.

—¡Por eso no tenga V. cuidado alguno, me atreví á contestar para calmar sus temores: En mi país no nos dá tan fuerte; somos indo lentes y perezosos en todo lo que atañe á la higiene, *y como vivió hasta aquí, vivirá siempre D. Juan.*

—Mal conoce V. á su pátria!!... desconoce V. á su país!!... Podrá permanecer más ó menos tiempo en esa especie de inércia en que se encuentra desgraciadamente; el día en que abra los ojos y se desperece, el día que se despierte en ella el sentimiento, el instinto de la propia conservación, ese instinto que nunca falta en los momentos solemnes, entonces verá V. á

su patria, recobrar sus antiguos bríos, su legendaria pujanza, y llegará á ser lo que el destino quiere que sea grande en todo, y sublime como siempre lo ha sido.

Tengan VV. fé en el porvenir, no desmayen, luchen y trabajen para conseguir sobre todas las cosas, la educación de las masas, la instrucción del pueblo: luchen sin descanso por hacer surgir de nuevo el hogar, el hogar que tienen olvidado: den á las madres los medios de instrucción necesaria para formar las nuevas generaciones, y con esto tienen VV. bastante para conseguir su perdida grandeza, su legendario poderío, lo

que quede es obra del tiempo, pero de muy poco tiempo.

No quise contradecir al sabio por no aparecer ante él como renegado y mal patriota, aunque de corazón le agradecí sus buenos deseos y excelentes consejos.

—¡Con que así y proseguía tenaz en su manía de iniciar inmediatamente el estudio del bacilo Coli, mañana emprende V. el viaje de regreso á su país, y perdone mi descortesía y falta de hospitalidad, que tiempo sobrado tendremos para estudiar con calma todo lo que V. desee; y mientras tanto descanse V., que bien lo necesitará para recobrar sus fuerzas.

No pude oponerme á sus deseos!

V

Sumario.

AL TREN.—UN PASAJERO INQUIETANTE.—EN
LA PATRIA.—SUEÑO DE COLOR DE ROSA.—
EN PLENA REALIDAD.—ROBO DEL AUDI-
TOR.—POLICÍAS Y PESQUISAS.—ULTIMO TE-
LEGRAMA.

Sin tiempo que perder para
dejar tranquilo y satisfecho al
Dr. Filfasteink, que con gran
emoción me había despedido,
dándome las últimas instruccio-
nes para el mejor desempeño
de la comisión; henchido de es-
peranzas y guardador de un te-

soro máspreciado para mí que el clásico de los Nibelungos, y sin dejarme vencer por las tentaciones que la capital del Imperio Alemán me provocaba; resistiendo la incisiva impulsión de visitar una vez siquiera el *Opernhaus*, y de asistir á uno de los clásicos conciertos de la Sing-Akademie; dejando de contemplar con heróica resolución el Museo real con sus monumentales obras de la escuela Flamenca y Holandesa: sin echar un vistazo siquiera por aquella multitud de Laboratorios é Institutos donde bullen y se revuelven los sabios de la época moderna, donde se elaboran todos los progresos de la

ciencia del día: Sin poder pisar el Thierganten, y haciendo caso omiso de todo lo que me llamaba con curiosidad y vivo deseo, me dirigí resuelto á la avenida Unter den Linden, y en la oficina del ferro-carril dejé arreglado equipaje y billetes para no tener otro cuidado que el de la caja donde iba colocado el auditor.

Ya podrán Vds. comprender el estado de mi ánimo, cuál no sería mi situación en aquellos momentos!...

Depositario de aquel secreto á quien el alemán concedía una importancia especialísima y trascendental, y del tan preciado aparato microbiano en el cual estaba cifrado el porvenir de

toda la medicina, tenía como es consiguiente, para él, el mismo cuidado y miramiento que con la sagrada forma vendría á tener el fervoroso sacerdote al verse precisado á cruzar ocultamente entre apiñada y ébria multitud.

Temblaba al solo pensar que un borracho, un loco, un aturdido ó un perverso podrían arrebatármelo ó destruirlo con un golpe ó rudo choque, ó algún accidente fortuito: porque tenía bien presentes las últimas recomendaciones del Dr. Filfas-teink, sobre todo en lo quebradizo del obturador y los diaframas, cuya sustancia le era imposible el volver á obtener, y

sin la cual, una vez destruida, quedaba el instrumento inservible en absoluto.

Les aseguro que no descansé hasta verme colocado en mi asiento del ferro-carril. Cubrí la caja con mi manta de viaje, la puse en el rincón para defenderla con mi cuerpo y quedé tranquilo y respiré con fuerza, pero no fué por mucho tiempo, porque al considerar la posibilidad de un choque, de uno de tantos accidentes ferroviarios, empezaron de nuevo mis zozobras y sobresaltos, y ya se me figuraba que no iba á poder dar cima á mi empresa; que el Doctor alemán me fulminaría con aquella su peculiar mirada, por

haber destruido la más preciosa reliquia del siglo, el fruto de sus desvelos y la esperanza de sus ilusiones: hasta llegaba á pensar que el estuario valisoleitano se reiría de mí y me llenaría de ridículo al regresar á mi patria sin el aparato maravilloso que iba á ser la admiración y pasmo de las gentes.

En estas disquisiciones y temores, el tren se puso en movimiento con toda suavidad, como si quisiera calmar mis recelos, y sin ver, ni oír, ni fijarme en los compañeros de viaje que colocaban maletas y cachivaches y se disponían á entablar conversación; mientras que yo, rehuendo todo trato, palpaba

y volvía á palpar mi caja, como para convencerme que la tenía á mi lado incólume; esta era mi obsesión en aquel momento, servir de escudo al *Santo Santorum* que iba á llenarme de gloria con solo asociar mi nombre al del sabio alemán.

Los pasajeros leían, conversaban, reían y se fijaban en mi figura de esfinge uraña, respetando mi aislamiento, y sin dirigirme la palabra: y así pasamos por Strasburgo, y así llegamos á Berna sin que incidente alguno viniera á turbar la relativa tranquilidad del viaje.

En Berna se cambió por completo el personal, y momentos antes de partir el tren se nos

agregó un pasajero de aire desenvuelto, mirada viva y penetrante, fisonomía de hombre desconfiado, correctamente vestido y que se expresaba en puro idioma francés; al medirlo con mi vista no pude por menos de echar mano instintivamente á la cajita como si temiera un asalto: me puse en guardia, y formé el decidido propósito de no perderle de vista y de estar con el ojo avizor. Llegamos á Lyon, y el dichoso pasajero seguía todavía el viaje con gran disgusto mío, porque con bastante insistencia me dirigía penetrantes miradas que chocaban de rechazo con el rincón donde tenía la caja, y esto me tenía por demás inquieto.

Paladinamente confieso á ustedes, seguí yo relatando mi viaje, que tentado estuve de cambiar de coche para perder de vista á tan incómodo acompañante; pero el temor de algún tropiezo, de algún incidente, me obligó á seguir, resistiendo al parecer indiferente las poco tranquilizadoras miradas de aquel sugeto, que ya se me figuraba un pájaro de cuenta, que al husmear un tesoro no deja el rastro hasta dar caza á su presa.

Bueno es advertir que no cruzamos palabra alguna durante el largo viaje: yo unas veces leía por hacer algo: simulaba dormir, pero no dormía, y este continuo vigilar principiaba á originarme

un trastorno que en vano trataba de no darle importancia.

Al llegar por fin á Irún, mi cuerpo y mi espíritu habían sufrido un *descuadernamiento* tal, que ni el placer de volver á ver la patria, ni el escuchar el delicioso eco de la nativa lengua, lograron sacarme del estado de aplanamiento en que yo me encontraba.

Descendí trabajosamente del tren y abrazado instintivamente á mi caja como si todos estuviesen dispuestos á arrebatármela, me dirigí á una fonda *de cuyo nombre no quisiera acordarme*, y al verme en una habitación, solo y á salvo de las punzantes miradas de aquel pasajero, res-

piré con libertad, se me quitó de encima aquella pesadilla que me abrumaba.

Cerré cuidadosamente la puerta corriendo pasadores, llaves y cerrojos, y después de colocar el estuchepreciado debajo de la almohada como inapreciable reliquia, me tendí exhausto de fuerzas y rendido de fatiga en aquella cama, que lecho de ángeles me pareció en aquel momento, notardando en quedar profundamente dormido.

En teasión mi sistema nervioso durante tantas horas, y sacudido violentamente por tantas impresiones, mi cabeza no tardó en salir de quicio y por los senderos de la fantasía se encaminó

hasta los cerros de Ubeda, por donde anduvo vagando largo rato á su placer.

Ya me creía dueño y señor de todos los secretos microbianos de Valladolid: ya empezaban las obras de saneamiento bajo mi dirección: el enjambre de obreros tendía una extensa red de cloacas que abarcaba toda la ciudad, efectuándose el arrastre con una precisión matemática: Ya no se percibían los insanos olores que antes tanto la caracterizaban: ya desaparecía el volcán que amenazaba su existencia: La terrible napa que había retenido desde tiempo inmemorial el gérmen de todas las infecciones, estaba ahora acri-

billado por los drenajes, y la nueva plantación de *Eucaliptus*, permitía adivinar el frondoso bosque que había de absorber las filtraciones del suelo permeable.

El campo de San Isidro ostentaba orgulloso cuatro soberbias construcciones con los tanques de sedimentación y filtros ingleses, donde se purificaban las aguas corrientes: ya no serían ellas las que á domicilio introdujeran la fiebre tifoidea, la disentería, y otras mil infecciones que causan gran mortalidad.

Ya presentaba la ciudad el aspecto agradable de la limpieza y del aseo: ya no ofendían la vista, ni sublevaban el ánimo el

espectáculo repugnante de las acinadas materias fecales desparramadas por doquier.

Ya no era Valladolid aquella ciudad sucia y desvalida de policía sanitaria, podíase medir en buena lid con las ciudades modelo de higiene y de limpieza.

Ya había desaparecido aquella asustadora mortalidad: ya no serviría el Esgueva para sembrar la muerte á su paso: ya el Pisuerga no retenía en su cauce, ni dispersaba en sus riberas, los gérmenes infecciosos.

Todo estaba radicalmente cambiado cual lo había previsto el sabio Doctor Filfasteink, y todo debido á mi iniciativa, á mis descubrimientos.

Las muchedumbres me aclamaban por todas partes, y yo sin envanecerme por tales demostraciones trazaba con segura mano el proyecto de transformación sanitaria de toda España, que iba á ser dentro de poco la envidia y la admiración del mundo todo.

Ante los patentes descubrimientos microbianos habían desaparecido como por escotillón las legendarias trabas y consabidos obstáculos, que la rutina, la preocupación, la ignorancia, el egoismo, los caciques, y el espedienteo administrativo, habían hasta entonces impedido el adelanto de los pueblos.

Lo que yo en la fantasía de

mi sueño no llegaba á comprender, era la rápida educación de las masas, para secundar con tanta precisión todas mis indicaciones; había nacido sin duda el instinto popular de que tanto hablaba el sabio alemán, el instinto que es lo que faltaba en España, si es que alguna vez lo tuvo.

Ya había terminado la época del *vertedero* y *de los entierros*; habíamos entrado en la época del esplendor higiénico que anuncia cual nuevo Heraldo las nuevas generaciones del vigor y de la intrepidez, de la pujanza y la prosperidad.

Como VV. ven, decía yo interrumpiendo el relato de mi sueño, no era tan disparatado,

sino que más bien parecía un discurso razonado de lo que la higiene bien entendida podría ocasionar. ¡Parece mentira lo que el instinto de conservación podría producir, y la absoluta carencia que de él tenemos en nuestra tierra!!...

En fin, proseguía yo tomando el hilo de mi narración; por mi excitado cerebro desfilaron excenas de gloria y prosperidad, hasta que difumándose poco á poco y desvaneciéndose como si fueran sombras disolventes, abrí los ojos y me encontré en plena realidad.

¡Más me valiera estar duermes! como dijo el Vasco del cuento, porque sin gozar del

dolce far niente que precede al desmerecimiento tras el largo sueño que ha devuelto la energía y el vigor perdidos, al dirigir mi mano debajo de la almohada en busca de la caja y no encontrarla, dí un salto tal... como si venenoso áspiz hubiérase lanzado sobre mí.

Quité la almohada con presteza, revolví la cama, escudriñé todos los rincones, y nervioso y agitado registré por todas partes, y la caja no parecía. ¿Qué había pasado?

La puerta estaba bien cerrada con su llave y pasadores intactos; todo al parecer igual; escudriño de nuevo y noto que las colgaduras ocultaban una ven-



tana abierta que daba á un menguado jardín por donde se podía fácilmente penetrar pues escasamente tenía metro y medio de elevación.

No había duda, por allí había penetrado el ladrón: temí perder la razón en aquel momento: grité hasta enronquecer mi garganta, armé el más monumental escándalo que han registrado los siglos; llamaba yo ladrón al mismo lucero del alba, hasta que la fonda se llenó de gente, mi habitación invadida y yo desesperado buscando inútilmente lo que no encontraba; llegaron los guardias civiles y carabineros, y dándoles la filiación del individuo que me acompañó desde

Berna, emprendimos el registro de todas las fondas, de todas las casas de hospedaje, y dispuesto á registrar al mundo entero hasta encontrar la caja, hasta dar con elpreciado auditor.

Tenía la clara evidencia que el pasajero aquél era el ladrón, y para que no se me escapase, telegrafié á ministros y policías, á Madrid, á Burdeos, á París, á Suiza, á Lyon, á todas partes del mundo hubiera yo teleografiado.

Después de revolverme inquieto y febricitante como fiera acorralada, conferencié con el Jefe de la guardia civil y después de prolijas pesquisas, supimos que el desconocido había tomado hacía dos horas el tren

de Burdeos, y por intermedio del Jefe reclamé su detención.

No quiero recordar las mortales horas que yo pasé en Irún hasta volver á tomar el tren de Francia; ustedes podrán comprender mi estado de desesperación.

—Ya lo creol! exclamaba uno de los que escuchaban mi relato, y á quien causaba impresión lo sucedido.

—¡Mal rato debió V. pasar! decía otro que comprendía mi crítica situación.

—Se necesitaba ser todo un *hombrecito*, decía á su vez el joven simpático, para resistir un golpe así tan á boca de jarro!...

—Y gracias que no le tomó

á V. sin dinero suficiente para poder seguir la pista al ladrón, porque ésto hubiera sido también sensible, exclamaba otro de los circunstantes.

—Felizmente en aquella ocasión podía hacer frente á todo esto, contestaba yo reanudando el interrumpido relato.

Llegué á Burdeos, y todas las pesquisas que allí se practicaron fueron completamente inútiles: pasé á París, expuse mi situación al Jefe de policía, recurrí al cuerpo diplomático; fuí á Suiza resolví los cuatro cantones, é hice en una palabra cuanto es posible hacer en casos tales.

No dándome por vencido, pasé el canal de la Mancha, me

entendí con la policía de Inglaterra, y allí como en todas partes tuve que convencerme que al desconocido se lo había tragado la tierra; no parecía por parte alguna.

No tuve valor para ir á Berlin, ni para telegrafiar lo sucedido al Dr. Filfasteink á quien quería aborrazar el tremendo golpe que la noticia le causaría, y así en la esperanza de recuperar el aparato de un momento á otro, resolví callar por entonces.

Porque en verdad, cuando el ladrón consiguiera abrir la caja del auditor y en lugar del tesoro sospechado, de los brillantes y joyas imaginadas sin

duda, se encontrara con un extraño instrumento que á él para nada le serviría y que ni remotamente sospecharía su valor, de seguro que lo dejaría abandonado en alguna parte y forzosamente tenía que parecer; de esto no me cabía duda alguna: ¡Pero desgraciadamente no fué así, seguía yo dejando escapar un hondo suspiro, recordando la pena que aquel suceso me produjo.

Durante dos años no he descansado enviando emisarios por todas partes que ayudaran mis pesquisas, hasta que agotados mis recursos, perdida mi salud y desesperanzado, me he visto obligado á abandonarlo á su suerte!

—¿Pero y el Dr. Filfasteink, ¿qué hacía entre tanto? preguntaba uno de mis amigos lleno de curiosidad.

—No lo se amigo mio: Yo le escribí lo ocurrido á los diez dias de efectuado el robo, y esta es la fecha en que estoy esperando la contestación: Le dí después parte del estado de las pesquisas, y esta es la hora en que no he logrado obtener una palabra suya, á no ser el famoso telegrama que me ha obligado á hacer á VV. estas declaraciones.

No dudo que ahora se explicarán ustedes mis idas y venidas, mi continuo viajar, mi constante reserva, sin poder participar

á nadie el objeto que me impulsaba, y hasta el cómo ha desaparecido mi capital en tan poco tiempo.

Ahora, y esto es lo más importante para mí, se darán ustedes cuenta del ultraje recibido del Doctor Filfasteink; este despacho recibido ayer lo aclara satisfactoriamente.

Decía así el telegrama — *Vi Filfasteink, su estudio Coli en Centralblat--Zeitunes, sospecha aparato suyo, y engañado.*

Una palabra más, señores, una palabra para concluir, decía yo para fijar de nuevo la atención de mis oyentes; Hace unos quince días participé á mi amigo el Doctor Ferrán algunos

datos de comprobación acerca del bacilo Coli-Comunis, que podrían serle útiles en un trabajo que estaba terminando sobre esta materia: El microbiólogo español ha publicado su estudio que acaba de dar á luz es *Central-Blat-Zeitunes* á que hace referencia este telegrama, y como se ve el pobre Dr. alemán cree que le he quitado su aparato, que es una farsa lo del robo, y que me estoy aprovechando en investigaciones, que me delatan: Bien ajeno está el sabio alemán de la verdad; bien ajeno á las penurias y sinsabores que su aparato me ha costado!..... No me quejo!... Todo lo hecho lo doy por bien empleado, y no haré recrimina-

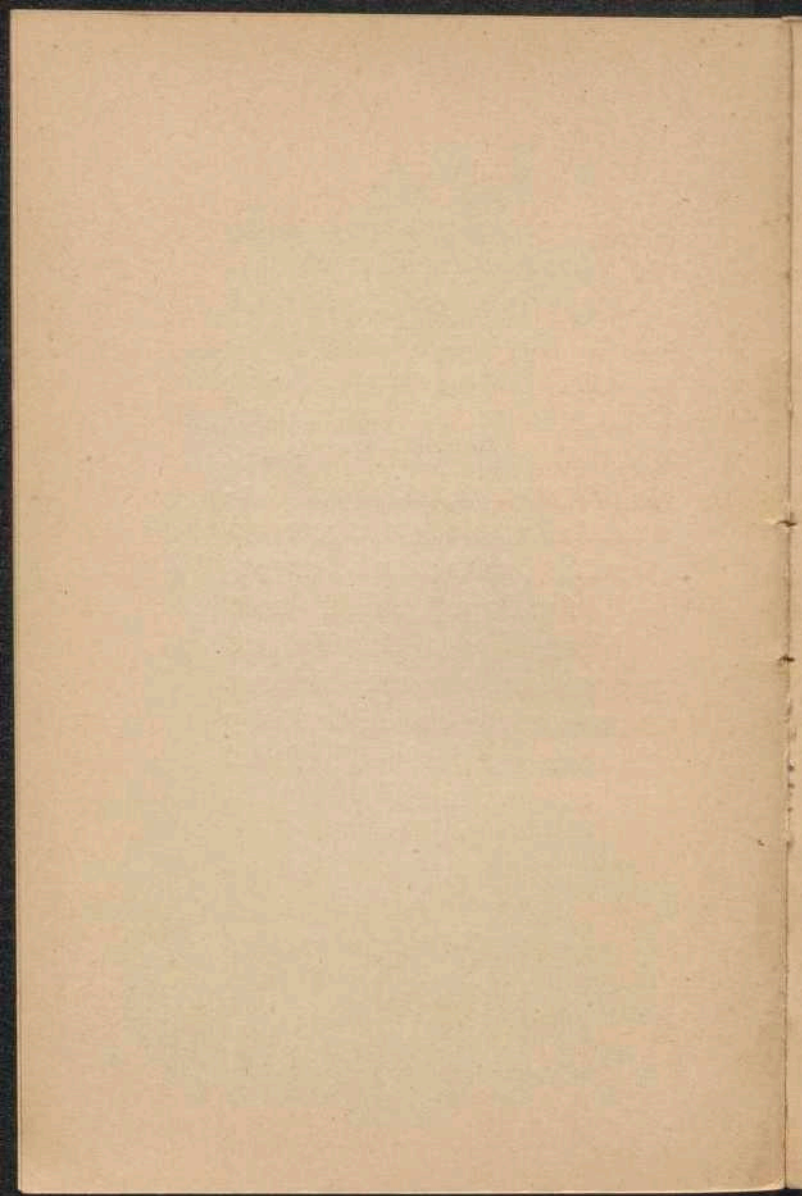
ción alguna; el pobre viejo merece todas mis consideraciones.

Nada más tengo que decir á ustedes, sino que disculpen la pesadez del relato, que perdonen *la lata*, y que con los antecedentes conocidos formen el juicio que les parezca sobre mi conducta. Así terminé yo esperando tranquilo el fallo de mis amigos.

— ¡*Chóquela usté!*, decía uno:

— ¡Vengan esos cinco! decía otro; y todos á su vez me hicieron calurosas protestas de cariño y estimación, quedese el fondo del alma les agradezco.





VI

Sumario.

A TRABAJAR? — ARTÍCULO NECROLÓGICO, — RES-
QUEMOS, — LA PROVIDENCIA, — EL AUDITOR.

Algún tiempo después de los acontecimientos que para salvar mi honor tuve necesidad de poner en conocimiento de mis amigos, había yo adquirido insensiblemente hábitos de pereza y haraganería, que bien á las claras lo daban á entender los descomunales bostezos que amenazaban desarticular mis man-

díbulas, y el interminable discurrir por paseos y calzadas silbando como un golfo.

El eterno rondar por la Ace-
ra cual si fuera bestia de noria:
la inacabable chismografía del
Reservado; la incesante crítica
de todo lo creado del corro del
Círculo; el incansable afán de
poner en evidencia, y de cubrir
de ridículo á todo hijo de veci-
no, me demostraban con elo-
cuencia que mi ser estaba des-
carrilado, y que había sonado la
hora de pensar en algo útil, pa-
ra que el tédio, la holganza y
el fastidio no lo echaran todo á
rodar.

Era preciso vivir, y para
ello se necesitaba hacer funcio-

nar al cerebro, y distender músculos y ligamentos; dejar de ser un *ente* para recobrar la categoría de hombre.

En el trabajo consistía mi regeneración, como todas las regeneraciones habidas y por haber, en este y en el otro hemisferio; y llegaba á tiempo antes de ser tomado por un vago y mal entretenido. Empecé por hacer pinitos intelectuales visitando á los hombres de ciencia, cambiando con ellos ideas que para mi equivalía á engrasar los ejes y engranajes de mi cerebro, y dispuesto á lanzarme por esos *Mundos de Dios* de la investigación y del estudio.

Con tal motivo había ido á

visitar á un médico amigo, de vasto saber y clara inteligencia; osco al primer golpe de vista, pero cariñoso en su trato; cegijunto y despreocupado, distraído y al mismo tiempo curioso; tan gran trabajador como corto de vista, y dotado de tanto cerebro como puños, dispuesto siempre, á pesar de su discreción, á cantarle una verdad ó decirle una fresca al lucero del alba, á lo que le obligan su proverbial honradez y su fé médica.

A la sazón de estar hojeando libros y papelotes en su casa mientras él repasaba el último número de *Le Progres Médicale*, y cuando más engolfado

me encontraba con unos escritos de la antigua escuela Hipocrática, dió un golpe en la mesa al tiempo de exclamar:

—Sapristi!!!.... Oiga Camamington, oiga, que esto le interesa muchísimo, decía sin soltar el periódico científico de la mano y devorando su contenido.

—¿Qué es ello? preguntaba yo acercándome á la mesa dispuesto á escuchar alguna novedad microbiana.

—¡Hombre! ¡Hombre!!... mire usted en lo que ha venido á parar!!... ¡Pero si parece mentira! exclamaba como hablando consigo mismo, y denotando bien á las claras el asombro que la lectura le producía.

—Sepamos de qué se trata! ... interrumpía yo, picada mi curiosidad.

—Del Dr. Filfasteink, hombre!!... del Alemán!!... de aquel su amigo. ¡Pobre señor!... seguía exclamando, sin hacer alto en la impresión que el nombre del sabio me había producido.

—Traiga!... permítame el periódico, decía yo impaciente, tratando de tomarlo y sin poder adivinar la verdad de lo que pudiera tratarse.

—Escuchel... "Honda impresión ha causado en el mundo científico, la trágica muerte del sabio alemán, el Doctor Robert Filfasteink."

—¡Pobre Doctor! no pude por

menos de exclamar sintiendo de veras la muerte del anciano.



—“Según noticias detalladas que nos llegan de Berlín,” seguía leyendo mi amigo; “el célebre Bacteriológico ha sido encontrado muerto en su sala de trabajo, teniendo destrozado el cráneo y sosteniendo en su

crispada mano el reвольver que ha privado al mundo científico de una de sus más salientes personalidades.„ Sólo se ha encontrado un lacónico escrito en que manifiesta su determinación de quitarse la vida.„

“El Doctor Filfasteink habría cumplido ochenta y cuatro años, y aunque desde hacía mucho tiempo una paraplegia lo tenía enclavado en su sillón, no por eso dejó de seguir sus estudios favoritos que tanta resonancia alcanzaron entre la gente de ciencia.„

“Hasta en sus humoradas, como el *auditor y lenguaje microbiano*, que muchos tomaron en serio, se echaba de ver

aquel vigor cerebral y aquella abundancia de ideas propias y originales que constituían su personalidad y carácter.

“Sólo en el mundo, sin nadie que lo llore, quédale á la ciencia el triste encargo de recoger su cadáver y conservar su memoria.

“Alemania y la ciencia están de duelo.”

—¡Yo he debido ser causa de su muerte!! exclamé sin poder contener mi dolor y clavándome la espina en el pecho.

—¡Hombre!... eso no!... contestaba mi amigo, tratando de disculpar mi conducta: Bajo ningún pretexto puede V. tener la menor responsabilidad en ese

suicidio!... La fatalidad hizo que el instrumento desapareciera, y sus cuidados y sus trabajos de averiguación, y sus incesantes pesquisas, son testimonios más que elocuentes de su inocencia, y de la corrección de su proceder.

¡Hombre solo, sin familia ni afecciones, sin encantos á su alrededor, aislado, enclavado por añadidura en su sillón, encariñado con el auditor, que tal vez no le ha sido posible volver á construir, exasperado el hombre, y demasiado débil ya su cerebro por efecto de la edad, no habrá podido el pobre señor sustraerse á la fatal impulsación del suicidio; es muy lamentable

para todos y más para usted que lo trató; pero usted debe tener bien tranquila su conciencia.

Estas reflexiones no tardaron en convencerme como es natural, y largamente departíamos sobre el trágico suceso, y acerca de los estudios é investigaciones del sabio alemán, hasta que tras un fuerte cambio de palabras que se escuchaba en el vestíbulo y antes que pudiera salir mi amigo en busca de lo ocurrido, se presentó de improviso una de las personas más simpáticas de la región castellana: Artista de corazón, abogado, industrial y profesor, todo en una pieza, representa la cor-

tesanía española en su fino y ameno trato: De la misma manera obtiene una fresca acuarela llena de vida y exuberante de colorido, como dispone una instalación eléctrica, ó cosa por el estilo: tiene y le sobra talento para todo.

— ¡Albricias! Albricias, querido Camamington, ¡Albricias, y un abrazo antes que todo, decía rebotando satisfacción y contento; y sin más preámbulo nos dimos un estrecho abrazo, sin yo saber, ni siquiera adivinar la causa de aquellas demostraciones tan cariñosas.

— La casualidad, seguía diciendo, ha puesto en mis manos una cosa,.... un objeto.... por el que V. daría un mundo.

Un relámpago de alegría iluminó repentinamente mi cerebro, y sin poder contenerme exclamé.

—¿Tiene V. el aparato? Se trata del Auditor?...

—De eso se trata!... Cálmesese, cálmesese primero, me contestaba notando la profunda agitación nerviosa que la noticia me había producido.

Efectivamente, mi corazón chocaba con inusitada violencia, las sienes me latían dolorosamente, y una pasión invencible de llanto enmudeció mi lengua por algunos momentos.

—A mi regreso de París, principié á contar el recien llegado para calmar mi escitación, tuve

precisión de detenerme en San Juan de Luz, y en la casa de confianza donde acostumbro á alojarme, me encontré encima de la cómoda una caja cuadrada, que al primer momento supuse sería uno de tantos neceseres de limpieza, pero que sin embargo de creerlo así, atraía mi atención, no se si por tener siempre la idea fija en su célebre cajita: cada vez que entraba en aquella habitación mi vista iba derecha al estuche aquél, hasta que una súbita sospecha me hizo llamar la atención del dueño de la casa.

Este me refirió que hacía como dos años que la encontraron en aquel sitio sin adivinar quién podría haberla olvidado, y que

allí estaba hasta que la reclamase su dueño; no sabiendo lo que contenía por estar cerrada con llave, aunque sospechaba sería un estuche de tocador.

La hice abrir en el acto y me encontré gratamente sorprendido con el aparato famoso, que estaba tal cual usted nos había descrito y que yo recordaba con toda precisión.

Yo no sabía lo que me pasaba al escuchar á mi amigo: oía y no creía en lo que oía, todo me parecía sueño ó alucinación de mi deseo.

—Reclamé en su nombre la caja, que me fué entregada sin dificultad alguna, proseguía diciendo, y al no querer privarme

del placer de esta sorpresa, se debe la falta de un telegrama.

Acabo de llegar, voy á su casa, me dicen que usted se encontraba aquí, corro como un gamo para llegar cuanto antes, y aquí me tiene para hacerle entrega de lo que tantos sinsabores y quebrantos le ha costado; y al propio tiempo ponía en mis manos la preciada reliquia, que á duras penas podía yo sostener.

El auditor estaba allí, nada faltaba; lo examiné y al momento noté la disgregación de todos los diafracmas y el receptor que constituían precisamente la parte importante del instrumento.

Me acordé del infortunado

Doctor Filfasteink á quien inmediatamente hubiera devuelto el aparato, y tal vez evitado á tiempo su trágica muerte; pero ya era tarde; el auditor me pertenecía, pero la parte más importante, la más difícil de reconstruir era la que faltaba; aquella que el Doctor creía imposible hacer nuevamente.

Lamentábame de este grave contratiempo, y cuando pensé alcanzar el cielo con mis manos, de improviso, cual moderno Icaro caía al suelo con extrépito, derretidas las alas de mi deseo.

—Esto es lo que le hace falta, me decía el médico, para darme ánimo; ahora sacudirá

V. la pereza, y trabajando con decisión y fé, logrará V. conseguir la reparación del instrumento.

!Ya lo creo que he trabajado!... pero todo ha sido inútil; no he podido obtener la materia prima de los obturadores; me he cansado en balde, y al fin no tengo más remedio que darme por vencido, declarándome derrotado, y con paciencia y resignación aguardar que una feliz casualidad me ofrezca algún día la dicha de verlo reparado.

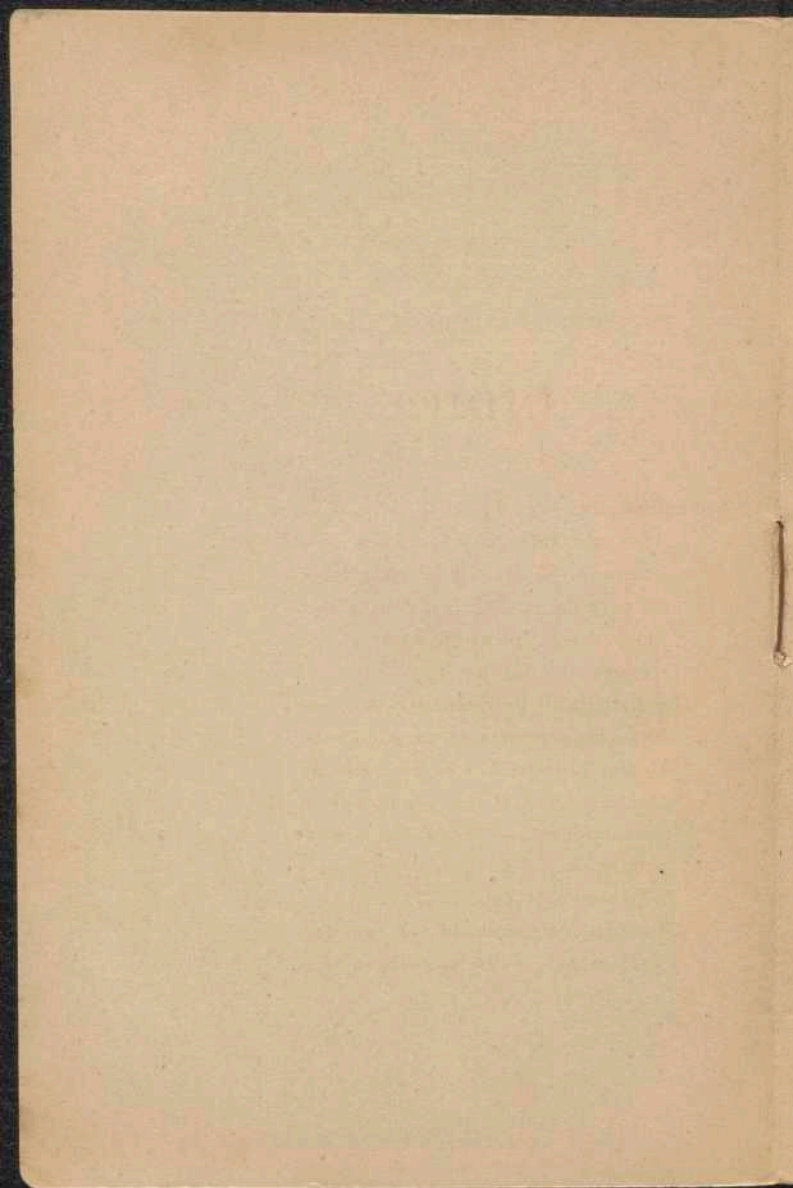
Hasta entonces queda en mi despacho cubierto por sólida caja de cristal, donde sin tocarlo puede el curioso y el hombre de ciencia, tener la prueba

de convicción de la verdad de estas indiscrecciones, y una demostración palmaria de lo que puede intentar el humano ingenio.

FIN.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

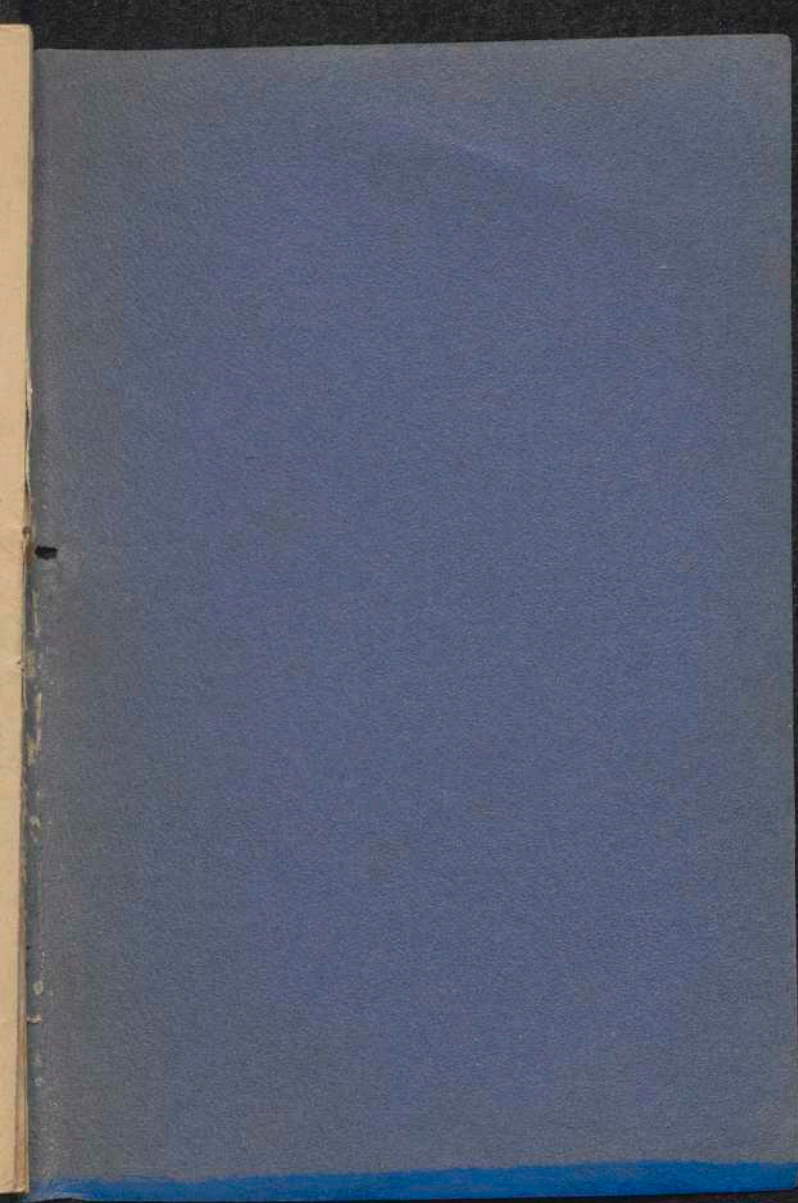


ÍNDICE.

	Páginas
Dedicatoria.	5
Advertencia, Prólogo, ó lo que sea. . .	7
I.—Sumario.—Tertulia y tertuliantes.— La calle de Santiago á través de una vidriera.—En plena discusión.—Te- legrama imprudente.	13
II.—Invitación providencial.—A Ber- lín.—En presencia de un sabio.—El Doctor Filfasteink. - El Santuario de la Ciencia.—Trabajos y fatigas de un descubrimiento.—Comisiones y Aca- demias.—La Fé.—Teoría de la au- dición microbiana.	37
III.—Juramento solemne.—El auditor. —Su manejo.—Idioma y lenguaje mi-	

crobiano.— El suelo Valisoletano y sus misterios.—Problema Magno.—Pronósticos optimistas de un sabio. . .	67
IV.—En comunicación con los microbios.— El bacilo de la tuberculosis.—Trasformaciones observadas por el Dr. Ferrán.—Parentescos.—Bacilo espermígeno de Ferrán.—Sueros y toxinas.—Curación de la tuberculosis.—Como el Rosario de la Aurora.—Filosofía.—Risueño porvenir de la Patria.— A casa con el recado. . . .	97
V.—Al tren.—Un pasajero inquietante.—En la Patria.—Sueño de color de rosa.— En plena realidad.—Robo del auditor.—Policías y pesquisas.—Último telegrama.	131
VI.—¡Á trabajar!—Artículo necrológico.—Resquemores.—La Providencia.—El auditor.	161







UNIVERSITY OF CALIFORNIA

LIBRARY

ORTHOGONAL GROUPS

BY
J. D. J. K. K. K.